

GABRIEL BRACHO MONTIEL

GUACHIMANES

**(Doce aguafuertes para ilustrar la
novela del petróleo)**

Es la primera vez que visito un pueblo petrolero venezolano y espero encontrar todo ese vibrar de progreso que entraña la ambicionada riqueza negra. Allí estará el trepidar de la máquina junto al entusiasmo del obrero que se sabe es parte de aquella riqueza; allí estará ahora la nueva vida estructurada por la organización de los trabajadores, después de sacudido aquel marasmo tremendo que creó la dictadura de Gómez. Un camino nuevo presumo encontrar y debo esculcar dificultosamente el viejo y tétrico camino de ayer, porque la renovación debe haber borrado hasta sus huellas.

Voy impresionado por relatos espantosos de escenas ocurridas en los días de la muerte del tirano: un quemador, especie de hoguera inquisitorial, había consumido cuerpos humanos en la hora loca de las venganzas; un quemador inmisericorde que en aquellos momentos hizo temblar de pánico y de odio a los semivencedores. ¡Hizo temblar de pánico hasta los hombres “buenos” que exponen su “capital civilizador” en estas regiones “peligrosas”, “amenazantes”, “semisalvajes”!

Como el turista que al visitar Roma pide pisar con su propia planta la arena del circo en cuyo centro rugieron las fiestas hambrientas, así yo ahora deseo ver de cerca el cráter de hierro de aquel volcán enano, cuya erupción estremeció edificios hasta en Wall Street, según me informan narradores ¡quizás exagerados!

Pero mi guía no es hombre apasionado como historiador, sino que, por el contrario, dice con pasmosa indiferencia noticias que cualquier cronista habría comentado patéticamente: “¡qué va, mayor! ese quemador lo taparon los americanos hace tiempo. ¡Ese bicho metía miedo y hubo que apagarlo!”.

Con un laconismo exasperante hace una descripción brevísima del horrible aparato:

Era una llamará que salía por un tubo de hierro y que servía para quemar basura y animales muertos.

Pero ni siquiera se toma el trabajo de llevarme hasta el terreno en donde estuvo ubicado; le parece preferible conducirme hasta sitios hermosos donde la nueva “civilización” venezolana habla con vocablos ingleses: bungalows, canchas de tenis, rubias girls de muslos níveos y desnudos bajo el short.

Son las casas de los americanos me dice. Ahí no entra el zancudo, porque el zancudo es venezolano y ese nos toca a nosotros.

Ríe cruel, casi canallescamente; parece satisfecho de expresar en tan rudo idioma lo que a sí mismo maltrata y lacera. Luego señala con el dedo hacia el pueblo nuestro, hacia la habitación de los zancudos, como querría llamarle tal vez, y me explica:

¿Usted ve aquella casita donde están parados aquellos hombres? Bueno. Ahí están velando a un hombre que ayer murió atravesado por una bala de máuser.

¿Quién lo mató? Preguntó alarmado.

Yo no fui, es lo que le digo. ¡Debió ser uno de los que cargan máuser!

Luego me refirió lo ocurrido en pocas palabras, en cortas frases ásperas, aunque ya no salpicadas de humorismo irónico y concluyó diciendo:

Cuando Gómez fue ese muchacho de los de adelante; murió el Bagre y tuvo que echarse una escondida larga porque ya traía mala fama desde que una vez lo metieron preso porque y que era revolucionario; pero ahora, para la democracia, volvió otra vuelta porque y que quería hacer algo y ahí lo tiene usted. ¡Mirándose la punta de los dedos gordos!

¡Que se va hacer!

Fue una biografía confusa, recargada de modismos extraños, de “y que”, de “qué y que”, de raras contracciones idiomáticas que parecían construidas para alcanzar con eufemismos, como bálsamos sobre la gran herida colectiva. Para concluir agregaba aquel “¡que se va a hacer!”, melancólico y derrotista, pero pronunciado con una enérgica voz de sacudida, de fuerza acorralada, de odio recóndito.

Yo debía estar pocos minutos después frente al cadáver del obrero.

Y lo estuve.

Extraño turismo el mío, que me lleva a presenciar enojosas escenas y que concluye por poner en mis labios un amargo sabor de angustias.

Vine a ver algo más amable, menos cruel, vine a emocionarme con la edificante agitación de la gran industria que es fuente de vida para mi país y veme aquí aturdido, inseguro, haciendo contradictorias zancadas entre las casitas lindas de los americanos y esta herida bárbara que destrozó un corazón valiente. “¡debo irme lejos de todo esto tan feo, tan desolador, tan insultante! Pero, ¿Cómo apartar la vista del obrero víctima?”.

El cadáver tiene los ojos entreabiertos y una morena guapa se empeña en cerrarlos inútilmente. Siento la impresión de que aquellos ojos fueron hechos para no cerrarse jamás y que sus turbias pupilas que reclaman algo. Tal vez una protesta. ¿La narración de aquello que he empezado a ver, por ventura? Y comienzo a averiguar, a desentrañar lo que nunca habría podido alcanzar mi mano de no haberse metido en el subsuelo de mi tierra, aprovechando el propio hueco por donde se fue aquel luchador, en una tarde zuliana, enrojecida por el sol de los venados, viejo sol montuno que tiene en

aquellas tierras la misión de ensangrentar las aguas del lago en los crepúsculos.

Como el médico que sorprende insospechados síntomas alarmantes en el enfermo que hasta ayer no denunciaba sino benignos trastornos, así yo viro mi observación hacia la nueva fase que ofrece este escenario trágico, y a partir de los ojos opacos del obrero asesinado, comienzo a enfocar la vida en aquella región.

Cronista incauto, cándido, como la mayoría de los cronistas, inició una serie de investigaciones y preconizo una calenturienta historia que ha de guiarme en las pesquisas; imagino al líder haciendo vibrar cálidas frases de reivindicación obrera, exaltando el alma de una masa oprimida, soliviantando espíritus inconformes: luego, el tumultuoso reaccionar de aquella masa y el temor exagerado de los guardias del orden público; después, la imprudencia del impulsivo obrero desafiando a los guardias con el pecho desnudo ante la boca de los fusiles y la trágica descarga irremediable. Pregunto:

¿Fue reñido el combate o aplastante la masacre?

Y me responden extrañados:

¿Cuál combate? ¿Qué masacre?

Otro agrega:

Sí, fue a la salida del sindicato: un espía dijo que un agitador estaba buscando un alzamiento, una huelga ¡qué sé yo! y eso bastó para que se formara la bronca: cuatro tiros, medio mundo corriendo y un hombre muerto. ¡Eso fue todo!

Eso fue todo, pero yo no sé que, algo sospechoso y no puedo apartarme de ver más allá del mártir. Sigo escuchando y escuchando, aquel cadáver, y aquella morena, comienzan a perfilarse como héroes de narración oscura y profunda como el subsuelo.

La morena es linda. Muestra una ruda belleza silvestre bajo el traje paupérrimo, a pesar del cutis curtido de sol.

Acaso ella es también causa de que yo emprenda tarea de trazar apuntes para una novela más.

Gómez esta en el poder y hay alcabalas fraccionando los caminos. El nombre del viajero se repite innumerables veces en esas alcabalas destinadas a controlar los movimientos de los ciudadanos, en las aduanas, en todas las rutas de la nación.

Al final de una carretera angosta y asfaltada, pasando por extensiones áridas y entre ásperas vegetaciones de cujíes, cardones y dividivi, estará el pueblo petrolero, siempre bullicioso, sucio, agitado por algún suceso.

También al margen del lago manchado por flotantes zonas tornasoles de aceite, y después de haberse tejido entre cabrias sembradas aguas adentro, encuentra la lancha gasolinera el muelle estrecho y largo de algún pueblo o campamento petrolero. Huele a brea, a gasolina, mene, a humo. Huele al perfume barato de las prostitutas.

Al final de cada calle comienzan las concesiones: siembras de taladros que casi invaden la población.

Al pié de cada cabria hace su incesante movimiento de báscula el balancín, sin que ningún obrero vigile el automatismo de aquel constante succionador del subsuelo; el mecanismo moderno ha logrado mover esas bombas aspirantes, impelentes, valiéndose de la electricidad o de los mismos gases producidos por el pozo petrolero, y así, del yacimiento corre el aceite directamente por oleoductos hasta los tanques colectores, inmensos, cilíndricos, color de plata y humo, situados cerca de los embarcaderos, tapando muchas veces el fin de las calles del poblado.

Y cuando el suelo explotado dista mucho de la costa, nacen también de estos tanques gruesas tuberías que atraviesan kilómetros, pasan sobre las tierras ajenas, cruzan sembrados, bordean ríos de claras aguas amenazadas para siempre por el escape aceitoso, hasta llegar a los puertos donde esperan los vientres de los buques cisternas para llevarse la riqueza que nunca vuelve.

En el silencio de los mediodías ardientes, durante la noche fresca, frente a los pájaros de la madrugada, a toda hora, el balancín cabecea su palanca y chupa petróleo, chupa incansablemente. Nadie se detiene a observar la monotonía de aquel movimiento, solo el guachimán de caballo, pasa por los caminos lanzando miradas cansadas hacia el pie de las cabrias; o tal vez un niño sucio, semidesnudo, se acoge al ritmo lento del balancín para repetir: “¡los maderos de san Juan, piden queso, piden pan!”.

Si se escucha la expresión isócrona de un motor, es un taladro en perforación. Está rodeado de tiendas. Muy cerca se hacinan los tubos de hierro que las grúas trasladan como a juguetes, como a cañutos de bambú hasta lo alto de la cabria, para sumarlos al rosario larguísimo que se va tragando el suelo por el camino que abre el trepano. Los obreros sudan casi olvidando el peligro que amenaza la boca de aquella tubería.

Los drillers dan órdenes en un idioma mixto, mitad inglés, mitad castellano, o corruptelas extravagantes que ya han formado un argot. Al geólogo y sus ayudantes les toca observar con ojos prácticos y aparatos

técnicos los barros, no hay un minuto sin agitación, sin acrobacias de los obreros que suben por escalerillas o pendulan en guindolas mientras siembran la cabria, colocan la acerada punta trepanadora, ascienden tubos y ejecutan la perforación. Para aquellos hombres la herida que a cualquier otro haría arrugar la cara o solicitar auxilio y aplicar el apósito curativo, no pasa de ser un pellizco que se cura con una chupada rápida y se enjuaga indiferentemente con el trozo de west, que es el pañuelo del rabott. Doce días después el obrero se convulsionará y sus quejidos estarán cohibidos por el trismus; pero a su muerte, el médico de la compañía firmará un certificado de defunción callando siempre que el maligno microbio del tétanos penetró por la herida mínima que dejó el trabajo de la mano callosa.

Murió de tétano ¡el pobre! ¡Y tanto que lo querían el gerente y el jefe de labor! Comentarán las mujeres que en el rancho quedan sin hombre y sin pan.

Otro obrero llenará el vacío que dejó la muerte, y el nuevo seguirá mañana el camino que impone el destino a las víctimas de aquel duro trabajo.

Acaso de súbito se desprenderá un hombre de la cabria, altísima. El mismo vértigo que nubló los ojos de la víctima, pintará de pánico amarillo el rostro de los rubios y mulatos que le ven caer gritos en inglés, gritos en castellano, gritos sin idiomas y sobre el rimero de tubos dará su campanada de carne y metal este cuerpo de obrero venezolano. Se comentará con asombro: “¿Por qué se ha desprendido? ¿Algún mareo?”.

El jefe civil podría suministrar este indicio: “Tengo un mabil que no reposa. Los obreros se divierten. Pero tendré que pedir a la ciudad otras muchachas de relevo porque ya éstas están muy manchadas”. Si el médico quisiera informar bien, diría: “hay manchas lenticulares que no son producidas por el golpe y, a pesar de la fractura del cráneo, conservan su color de azafrán las escleróticas”. En algunos de aquellos repetidos accidentes pudo preguntarse: “¿Estaba sometido a algún tratamiento?”.

Nadie sabría responder que la víspera se había inyectado un D´Melcos, pero como iba a empezar hoy el trabajo no quiso advertirlo por temor a ser rechazado.

La malaria, en contubernio con todas las venéreas y el alcohol, vivían danzando entre la cantina, la cabria y el mabil ¡Shawding, Laverán, Ducrey, Neisser: si antes no hubieras sorprendido a nuestros obrerillos del mal, sabrías que en estos cadáveres de venezolanos habrías encontrado un festín de los microbios!

Cuando el sol se ha cansado de martirizar obreros, se pone rojo y se tira al lado. Cuando el obrero levanta su labor, se quita el andrajo que le sirve

de overol, se lava con gasolina la piel aceitada y entra al botiquín primero, a la ruleta luego y a veces al calabozo de la jefatura civil.

Los guachimanes que duermen de día, salen ahora con reloj de control colgado como bulto de escolar y el arma al cinto. Primeras víctimas de la máquina, esclavos del reloj que imponen sus vigiliyas y denuncian las derrotas ganadas por el sueño, vagan por los caminos solitarios rumiando ideas oscuras como la noche, como la cabria, como el petróleo. Silban olvidados corridos del apure, canciones viejas de la sierra trujillana, gaitas del saladillo marabino; ¡silban y avanzan como las balas! La compañía paga sus insomnios, compra sus silencios y soborna sus complicidades. El coronel jefe civil gratifica sus influencias, subvenciona su cooperación, negocia con sus delitos.

Algunos son recomendados por el coronel al gerente; ellos son hombres de confianza. Están procedidos por historias que se desarrollaron en El Mamón de Trujillo o pertenecen aquí porque en Apure “son muy vengativos” y pueden cobrarles pleitos que tuvieron hace años. Silban y vigilan. Miran el reloj y meten la llave en el hueco de control para anotarse su tiempo. Así como un campesino conoce las huellas con exactitud, el guachimán reconoce las bocinas de los automóviles a distancia:

¡Aquel es míster Howard! ¡Por ahí anda el superintendente! Ladea un poco el cuerpo apoyando la mano cerca de la grupa de la bestia y grita:

¡Epa! ¿Quién es? ¡Eche para atrás, que esto es de la compañía! Y la noche sigue a su redor iluminada por la llama bermeja de los mechurrios, escapes del gas que exhalan los pozos, riqueza que se pierde y que es preciso quemar para que no se sature el aire hasta hacer volar un pueblo entero con una sola chispa.

Desde su montura el guachimán escucha el público del poblado cercano: escándalo del jazz band, notas confundidas lanzadas por mil pianos automáticos llamados pianolas, músicas de ortofónicas, primeros silbatos lúgubres de los primeros radioreceptores, sirenas de automóviles. ¡En el mabil estarán descoyuntando las caderas los hombres que han de ir mañana a la maroma de la cabria! ¡Estará corriendo sobre el tapete la moneda del salario!

Y en el hogar del obrero zumba el viento entre las rendijas que dejan las tablas de la pared, cría limo el agua de la tinaja, despierta el niño sucio acostado por el cochocho y la pobre “querida” carne de última hora palidece y queda exangüe por causa de un mal que no se cura ni con las flores hervidas que recetó la comadrona después del último parto.

Mañana será sábado. La puerta del cercado de alambres de la compañía estará llena de turcos recaudadores del bar, de la bodega, de los vendedores por cuotas. Saldrá el obrero repicando en sus bolsillos las

monedas del salario ganado; repartirá sumas pequeñas y observará la anotación que hacen sus acreedores sobre tarjetas sucias por el uso; aplazará pagos para esconder monedas en bolsillos que no denuncien el tintinear metálico: “Quede apuñaleado”, dirá para sus adentros.

Saldrá por fin con una mano en el bolsillo derecho del pantalón, la mirada vaga y los labios moviéndose, sin palabras, obedeciendo a adictos del cerebro que trabaja sobre el tema económico: “quince le debo a juanita, José Miguel que se espere si le da su gana; los intereses del guachimán si tengo que pagárselos porque si no, me pasan por el filo.

Pero a un lado de la puerta, allá pegada a la red de alambre que hace el cercado, estará ella, la “querida”, esmirriada y pálida, no apetitosa como juanita la nueva, siempre con cara de angustia y majaderas exigencias. Sobre la cadera izquierda de la pobre mujer cabalgará el niño menor chupando una guayaba madura. Llamara al hombre, a su hombre, con acento suplicante y algo de recriminación; cantarino dialecto Zuliano que guarda algo de las quenás indígenas y de los largos lamentos gitanos.

¡Mírala Natividad! ¡Ven acá, mijo! ¿Tú no sabes que estoy sin un cobre?
¡Avisa si es que quieres que tus muchachos se te mueran de hambre!

Y el hombre responde áspero, entregándole cuatro fuertes:

¡Pendeja!

Vuelve el rostro hacia tus compañeros que han salido antes que él y grita:

¡Epa! ¡Compadre soturno, espéreme que ya me voy a desquitar de lo que perdí el domingo!

La mujer retorna al rancho murmurando palabras ininteligibles de reproche; el mismo refunfuño de todos los sábados.

El hombre se pierde en el poblado, bebe, juega, baila y el domingo en la noche es llevado a la policía, indefectiblemente. El lunes a las seis espera la visita del coronel jefe civil, quien con su acento montañés o con una simulación oportunista de ese acento, dirá siempre igual frase:

¡Ya usted está curtido, Natividad; todos los domingos es lo mismo!
¿Comprende?

¿Qué se hace, mi coronel? pero usted sabe que yo no le quedo mal, ¡a las doce y media tiene aquí los treinta bolívares de la multa!

Bueno. Pero hoy tenemos algo nuevo en la compañía. ¿Comprende? Un negrito se adelanta para responder:

Yo no he venido rascado ni nada de eso. Ya yo conozco el truco: ¡lo agarran a uno para quitarle los treinta bolos y eso es todo!

Se enfurece el coronel, grita cuatro ajos asesorados por otras tantas palabras de igual especie y sentencia:

¡Prepárese a perder el puesto en la compañía porque lo que es de aquí no sale y en cuanto sepan el jefe de labor que usted está arrestado de la orden de pago! ¿Comprende?

¡Que me boten! Replica el negrito rebelde. Más por compañerismo, en parte, y también por jactancia de “acreditado”, natividad y otros contestan al coronel:

Déjelo salir, que nosotros le respondemos.

Bueno. Pero ahora son cincuenta, ¡por insubordinado! ¿Comprende? Argumenta el ladrón oficial.

¡Convenio! ¡Da lo mismo! Comentan los fiadores.

A fuerza de sudar, de pendular en el vacío, de acercarse a la muerte, se ganan aquellos cincuenta bolívares para el jefe civil. El negrito rebelde los pone en manos de natividad:

Entrégueselos usted al cipote ese; hágame el favor, porque si se los llevo yo tienen que dejarme otra vuelta. ¡Yo me conozco! Quedándose así, con una cantidad menos en su presupuesto, no se lamenta porque le reste bienestar a su hogar el robo del mandatario, sino que argumenta tristemente:

Lo que me duele es que ya no me queda plata para desquitarme de lo que me ganaron el sábado en el monte y dado.

Natividad cruelmente le responde:

¡Haga como Tochito, que no debe ni juega, porque está reuniendo para casarse con Marulalia, la hija de Ceferino!

El negrito tuerce los ojos poniendo una picardía enorme en el relámpago de sus escleróticas blanquísimas y dice:

¡Seré yo marico!

Ambos echan a reír y toman el camino del pueblo, hacia el bar, hacia la ruleta, hacia la jefatura civil. Son los tres vértices de un triangulo fatal en cuyo centro parece la aldea entera. Mientras marchan tejen una larga charla acerca de la mutua desgracia y de la tremenda impotencia; es exiguo el salario pero imposible el reclamo, porque una leve insinuación proporciona el despido; es incapaz la fuerza muscular porque el paludismo blanquea sus sangres, pero

una imprudente calentura con frío ocasiona el reemplazo; es injurioso el aspecto saludable del patrón yanqui y el bienestar de aquellos hombres blancos dueños de todas las prerrogativas y del confort de las casitas de madera, pero una sola muestra de disgusto expresada por el “nativo” sería calificada de delito por los dueños del subsuelo y por aquellos, que lo vendieron. La resignación es la única arma utilizable para defenderse de la muerte y por eso terminan siempre con un comentario final: “¡que se va a hacer! No hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo resista”.

Esto es la escena de todos los días y, como ya sabemos, si es domingo vuelen a dormir presos en el hediondo cuartucho de la jefatura.

Como siempre.

El lunes por la noche es el único día en que suena menos el jazz band y es menos intenso el ruido en general. Parece semidormir la población completa. La luz de los mechurrios cabrillea sobre el lago y sustenta las tertulias del patrón y los muchachos de a bordo en los vaporcitos que aguardan la madrugada para el primer viaje del martes. Sobre un escaño de una nave hace el último comentario un coriano somnoliento:

¡Ah mundo! ¡Si los americanos se van se acaba este pueblo para siempre! ¡Por eso es que el gobierno los ayuda y los deja hacer de todo!

El coriano responde casi dormido:

¡Yo sé pues!

Tochito si pago multas al coronel. ¡Cómo no! Por causa de esas multas perdió cuarenta bolívares en intereses y ciento sesenta de salario. Carrillo Varela, jefe guachimán, le facilitó los reales previo convenio con el coronel.

La primera multa fue de cincuenta bolívares; pero no por borracheras, sino porque una tarde dijo palabra “inconvenientes” a un celador de aduana. Esa tarde venía en el Laurita mister Howard, cargado de macetas y cajones. También regresaba de Maracaibo María Eulalia, trayendo solamente un paquetito envuelto en papel de periódicos. Quizá porque se le había permitido a la muchacha hacer el viaje en un vaporcito de la compañía, acaso por la influencia de su belleza silvestre, pero lo cierto es que el Laurita se arrimó a un tanquero que entraba al lago, el celador lo observó desde tierra con su binóculo y decidió revisar el paquete de la muchacha en cuanto saltaste al muelle, para cerciorarse de que no había recibido contrabando de manos de algún marinero del buque cisterna.

Con ese gesto despectivo y dominante que puso el celador para imponer la requisa del paquetito, no era fácil que la muchacha respondiera con gusto y María Eulalia se negó al registro:

Es ropa sucia, de mi uso argumentó.

Pero el celador replicó intransigente:

Eso no importa. Muchas veces se dice que es ropa sucia de mujeres y es para meter sedas que traen de curazao los piones de a bordo.

¡Pero si yo vengo de Maracaibo! Arguyó la muchacha. El único que subió a bordo del tanquero fue el musíú ¿acaso yo soy de la compañía para atreverme a eso?

El acaso no es que usted subiera, ¡sino que el bojotico bajara!

Tochito escuchaba el diálogo y observaba los hermosos senitos de la morena linda.

¡Yo no dejo registrar el paquete! ¡No y no! Resistía la muchacha.

Mire señorita, mejor es que lo haga por las buenas; porque si no y lanzó con la violencia de una pedrada el escupitajo chocante que sabia disparar por el colmillo.

¡Ah! ¿De manera que usted me va a obligar? ¿Asi es la cosa?

Pues ¡sepa que no se lo enseño! ¡Mire! ¡Mire! Y con una ira encantadora arrojó el paquete al lago.

Pero detrás del paquete, con una violenta resolución, se arrojó también Tochito. Momentos después subía al muelle con el bultico en la mano, apenas humedecido el papel porque la rapidez del nadador lo salvo de sumergirse. Mientras ponía el paquete en manos de la morena ruborizada, explicaba al celador:

El bojotico de ella si era preciso registrarlo; pero los cajones y maletas del musíú no, ¿verdad? ¡Qué bien avisados estamos los venezolanos! ¡Qué tierra del sirullo, no juegue!

Entre el grupo que ya había ocasionado el incidente, surgió un agente de policía llamado por el celador de aduana:

¡Lléveselo! Ordenó a secas el aduanero.

Mientras Tochito se dejaba conducir, subiéndose dificultosamente la pretina del pesado pantalón mojado, habló a la morena:

No importa, señorita; pero no se deje registrar el paquetico, para que aprendan a respetar, esta pila de sinvergüenzón!

Un relazo del policía puso fin a sus frases y Tochito, hombre fuerte de cuerpo y de espíritu, cayó al suelo aturdido, entre la expectación pusilánime de todos, menos de la muchacha.

¡Cobarde! ¡Desgraciado! ¡Bicho! Grito María Eulalia, tirando con todas sus fuerzas el paquete al rostro del policía.

La ropa quedó dispersa sobre el suelo, ¡como si en aquel sitio se hubiera desnudado una mujer!

Arrastrándose fue llevado hasta un vehículo, mientras el rostro se le ensangrentaba espectacularmente, pero ya sus ojos inseguros buscaban entre los circunstantes el encuentro con los de la morena hermosa; mas no fue posible. Pudo recobrar el dominio completo de los sentidos allá, en el sucio calabozo de la jefatura, tan conocido por todos sus compañeros.

Tochito habría perdido el puesto en la compañía, pero el coronel le conmutó la pena por multa. Como el preso dijera que carecía de dinero, el coronel explicó:

Yo puedo hacer venir aquí a Carrillo Varela, ¿comprende?

Bueno. Él le presta los cincuenta bolívares y usted le devuelve sesenta el sábado, ¿comprende? Usted pierde diez bolívares, pero no pierde el puesto, ¿comprende?

Convino el pobre Tochito, o mejor: “comprendió”. Hizo un encogimiento de hombros, y pocos momentos después salía de la jefatura el guachimán Carrillo Varela autorizando la libertad del preso y prometiendo el dinero para más tarde al coronel. Todavía pudo el obrero percibir cuando el jefe civil guiñaba el ojo al guachimán y decía con autoritario vozarrón:

Está usted en libertad, pero no se le olvide lo de Carrillo, ¿comprende?

Tochito ganó la calle meditando:

¡Qué pila de vagabundos hay en esta tierra!; el coronel le alcahuetea a Elia, el guachimán ese y el guachimán es socio del coronel ¡algún día las pagan todas juntas!

Y siguió camino de la compañía mirando con diferencia el cabeceo de los balancines, succionadores inconmovibles.

Esa misma tarde, al salir del trabajo, fue detenido cariñosamente por un viejo moreno, fuerte, de pelo blanco como los negativos fotográficos:

¿Usted es Tochito?

Sí señor. Para servirle.

Ceferino Moronta. ¡A la orden! Y el viejo estrechó la mano de Tochito. Yo soy el padre de la muchacha que trajo el bojotico de Maracaibo y ya supe la periquera que se formó contra usted.

¡Ah sí!, ¡es que son una punta de carrizos, señor Moronta!

Yo fui a la jefatura, prosiguió el viejo a preguntar por usted y allá me dijeron como era su apelativo; también supe que lo habían soltado y por eso vengo a pedirle que vaya a mi casa, que aunque es muy pobre, es la suya, si gusta.

Muchas gracias, señor Moronta; no vale tanto lo que hice y para mi es un honor pisar su casa.

¡También es que Marulalia lo quiere felicitar! Agregó el maestro Ceferino, porque ella es como yo: le gusta la gente que no se deja chalequear así como así.

¿Marulalia?

Es mi hija. La llamamos así por cariño. María Eulalia se llama ella: María como la madre y Eulalia como mi mamá, que dios la tenga en su gloria.

¡Marulalia! ¡Marulalia! Bonito y raro, ¿verdad? ¡Marulalia!

¡Yo estoy a la orden para ir cuando usted quiera!

Pues, vámonos entonces.

Vámonos.

Marcharon juntos. Tochito repetía mentalmente: “Marulalia, bonito y raro, Marulalia”. El viejo Ceferino Moronta emprendió la tarea de explicar al obrero toda una biografía de la hija inteligente y audaz. Tenía a quien salir, según decía el viejo, porque sus canas de buen padre habían crecido rogadas por el sudor del trabajo y la savia de los desengaños. Ella sabía muchas historias de esta tierra intervenida, maniatada por obra y gracia de tanto explotador.

Y fue así como Tochito vio muy de cerca la sonrisa emocionada de la muchacha adorable, y estrechó aquella mano que por ser menos áspera, pudo sentirla sedosa y blanda cuando la oprimió con su endurecida palma de trabajador.

Marulalia Moronta.

José la Mercé García.

Durante el inmenso espacio de un segundo estuvieron fijas las miradas de ambos; después, las manos de ella torcieron y retorcieron un diminuto

pañuelito, mientras que las de él hacían girar como rueda de molino el sombrero de pajilla, amarillento.

La segunda multa que pagó Tochito fue de treinta bolívares porque llamó sinvergüenza a un empleado público sin saber que lo era, y este sostenía la tesis de que a Venezuela había que tratarla a palos, porque todo pueblo tiene el gobierno que merece, vieja doctrina que han sostenido hasta sociólogos.

La tercera multa, también de treinta, por haber llamado sinvergüenza ¿a quién? ¡Ni se acordaba ya! Lo único que no olvidaba era que la palabra sinvergüenza tenía un precio que oscilaba entre treinta y cincuenta bolívares para él. ¡Lástima! ¡Tan bonito adjetivo para calificar a cientos de venezolanos de su época y tan costoso que se puso!

Pero la cuarta y última multa que había pagado cincuenta bolívares justos en el momento, y diez más para intereses, era ya el principio de su inquietud revolucionaria. Ocurrió así: estaba hablando con Marulalia por la ventana y por una tontería riñeron, ¡cosas ya de enamorados!: palabras simples y cándidas que terminan con lo de que “tu no me quieres, quien no me quiere eres tú”, hasta que pasó por la a cerca de enfrente Charles, el yanqui jovencito y rosado, con pelo rubio como alfandoque muy pasado por el clavo; Marulalia, despechada y lindamente furiosa dijo para herir a Tochito:

¡Y no soy catira para gustarle a un musió buenmozo como ese!

Ahí va; si quieres te lo llamo y te lo presento le respondió Tochito con sorna.

¡Eso te queda grande! tú no eres indignados, fingió una sonrisa agresiva y respondió a su vez:

¡Más grande te queda a ti pensar en hombres blancos! ¡Esa gente no hace café con leche!

Su esposa no podrás ser; ¡pero su querida si! Y soltó la risa ante la cara dura del mulato que la escuchaba, ya demudado.

Entre ambos, habían planteado integro el doloroso complejo de inferioridad sembrado por la diferencia de clases, por la política del dominio de los poderosos sobre los indefensos, por la explotación del hombre por el hombre. Hablaron como los vencidos zaparas frente a la altanería de los conquistadores hispanos. Ella habría podido decir:

“yo, la malinche y charles un cortes “; pero tradujo al lenguaje del presente: “yo la querida del musió”.

Por disimular su encono mordióse Tochito el labio inferior y la guapa morena hizo un mohín mimoso tratando de borrar todo el desagrado producido

por la enojosa charla; pero en el fondo del obrero fermentaba el odio hacia el pelo rubio, hacia el rostro rozagante, hacia el caqui que uniformaba en el vestir a todos aquellos hombres invencibles; cruzó por su mente míster Howard saltando del vaporcito, cargado de maletas que no registraba el celador, y el cercado de alambre de la petrolera vigilado siempre por el guachimán celoso y armado. Por todo eso, despidióse esa noche de Marulalia y no tomó el camino de su casa.

Cruzo calles, saludo compañeros ebrios, evadió invitaciones al trago hasta encontrar a Charles en el bar del cine. Se fingió borracho e irreflexivamente tomo el camino de la provocación derramando con torpe mano la botella de soda y el güisqui que tomaba el yanqui.

Usted es un nativo simpático decía el extranjero tolerante.

Pero Tochito imitaba la voz alcohólica de los ebrios para continuar la provocación inofensiva:

¡Y usted es un musiu ladrón de petróleo, carajo!

El dueño del bar le asió violentamente por un brazo:

¡Eso no, negro del diablo! ¡Ni usted gasta un carrizo y lo que hace es molestar la clientela decente! ¡Eche para fuera! y le dio un empujón.

No era Tochito el hombre capaz de tolerar aquel ultraje y con la misma botella de soda del yanqui, dio un golpe tremendo sobre la cabeza del botillero. Le arrestaron inmediatamente. Permaneció cinco días incomunicado. Al sexto día, el coronel le hizo llevar a su presencia.

Bueno, Tochito; la compañía no te ha votado porque Charles, el musiuíto, te defendió y dijo que tú estabas bebiendo con él, que fue cosa de palos, ¿comprende? Pero tienes que pagar la multa de cincuenta bolívares para salir. ¿Te mandó a llamar Carrillo Varela? El está ahí mismito, ¿comprende?

¡Cómo no, coronel!

“comprendió” lo del coronel, pero se quedó pensativo sin comprender el gesto del yanqui.

Salió de la jefatura, entró a la compañía y pidió permiso para hablar con míster Charles. El rubio extranjero lo recibió sonriente y juguetón:

¡Oh señor Tochito! ¡Usted está muy bravo conmigo, sin nada sin nada!

¡Yo no estoy bravo con usted, usted no me ha hecho nada malo! Usted no cree en amistad de hombre musiu, ¿verdad?

Y el alma dulce que estaba empleando el norteamericano para conquistarle, llegó muy a fondo del obrero:

¡Quién sabe, míster Charles! ¡Usted parece que no es malo! ¡Usted se ha portado bien conmigo!

Yo soy un hombre como usted y usted es hombre como yo. Usted es patriota y yo soy patriota. A usted no le gusta que Venezuela regale petróleo a Estados Unidos y a mí no nos gusta que gente mía se meta al gobierno de usted ¿comprende? Por eso se que ustedes son bravos con nosotros los americanos; porque ustedes son gente ofendida y nosotros gente dominadora. ¿Comprende? Por eso yo soy bueno señor Tochito. Yo soy buen amigo de todos en Venezuela, en todo el mundo. Yo soy amigo, ¿comprende?

Y Tochito halagado, responde con pretensiones de saber hablar inglés:

¡Cómo no, my friend!

El yanqui abraza al mulato satisfecho:

¡Al righth, my friend!

Y el obrero salió de la oficina pensativo, comparando ahora aquel repetido “¿comprende?” que empleaba el burdo coronel para imponer sus órdenes extorsionistas, y este nuevo “¿comprende?” que repetía el extraño personaje para rogar que se le entendiera el enrevesado castellano recién aprendido. En su soliloquio Tochito se preguntaba:

¿Por qué es my friend este musiuú? ¿Es que puede haber musiués buenos? ¡Qué raro es míster Charles!

Era extraordinariamente difícil para un hombre del pueblo venezolano comprender que en los Estados Unidos también hay un pueblo tan sano, tan débil y tan oprimido como este. Era incomprensible para Tochito la existencia de uno solo de los yanquis que no representara al propio imperialismo del Norte. Por eso la última multa fue el principio de su inquietud interior, y cuando hubo referido a Marulalia todo aquel sainete de su provocación, mordido por los celos, y la inconcebible reacción del yanqui, ambos intentaron analizar el fondo de los sucesos sin alcanzar más allá de superficiales conjeturas: ahora no podrían, como antes, acusar públicamente a los americanos como culpables de toda la desgracia obrera; ahora habría que contemplar al “my friend” catire desquiciando juicios formulados apresuradamente en aquellos días en que solo conocían a los peligrosos gringos.

Marulalia aconsejó interesada:

Aprovecha ahora la amistad con el musiuíto ese para que te acomode mejor y puedas reunir pronto los cobres del matrimonio.

Con una cariñosa carcajada comprensiva respondió el trabajador a la insinuación de la amada, pero supo contestar con nobles dictados de conciencia a la femenina aspiración amorosa: respetaría tanto la amistad del yanqui, que juzgaba inicuo todo asomo de interés personal capaz de manchar tan puro entendimiento; las palabras de aquel hombre habían logrado un milagro de solidaridad humana, nunca soñada por él, y ya ni el pigmento de las pieles ni el color de los cabellos tenían significado alguno ante el lazo de mutua comprensión y mutuo apoyo espiritual.

Frecuente fue el encuentro entre el norteamericano raro y el venezolano desorientado, hasta el extremo de que casi a diario se dieron cita, precisamente en el bar del cine, después de la visita del novio a Marulalia.

Míster Charles, jovencito y optimista, le trataba siempre temas que despertaban nuevos problemas en su mente:

Trabajo en la mercancía que vende muy barato al petróleo en Venezuela. Músculos de obrero en máquinas que se gastan demasiado y la compañía no paga bien, siempre reparación de máquinas; patronos pagan bien por la reparación de máquinas de acero y pagan también máquina que el trabajador yanqui; pero no quiere gastar en Venezuela.

Más tarde, para ayudar su idioma imperfecto, su castellano paupérrimo, míster Charles llevaba libros en castellano, folletos que hablaban precisamente lo que él deseaba expresar para su amigo Tochito.

Y la íntima amistad llegó tan alta, que una tarde Tochito llegó a la ventana de Marulalia acompañado por míster Charles:

¡Aquí lo tienes pues! ¡Y es de los que si saben hacer café con leche!

Un encendido rubor de ambos y una risa incontenible de los dos, turbó al pobre extranjero que no podía vislumbrar el fondo de rectificación que encerraba aquella conducta de los novios.

¡Ustedes son buenos muchachos, los dos! Y Tochito, ¡usted tiene una novia muy bonita, muy bonita!

El obrero, socarrón, ironista, terco, le repetía a su novia la frase que más podía enrojecerla de rubor:

¡Aquí lo tienes, pues! ¡Aquí está el catirito! Hasta el yanqui comenzó a reír con la misma risa nerviosa de sus amigos, sin comprender las causas, pero tal vez ambos hombres gozaban de la presencia de aquel rostro encendido de mujer que oculta algo en lo más recóndito de su pudor.

Tochito habló entonces al amigo extranjero, echándole el brazo amistoso en un momento de confianza, y dijo:

Es que esta Marulalia es muy atravesada, es muy atravesada, ¿comprende? Y uso el “¿comprende?” ahora casi con la misma emboscada intención del coronel, para sofocar mas a la novia nerviosa.

Por fin los hombres se fueron juntos, hablando de sus problemas.

Ah, míster Charles, ¿Cómo hacen por ahí fuera los obreros para decir lo que sienten?

Allá todos los obreros del sindicato son una cosa fuerte. Si hacen huelga nadie trabaja hasta que el patrón de más salario. Los obreros juntos son cosa fuerte; ¡obrerros separados no sirven!

Ah, míster Charles, ¿entonces allá el gobierno es muy bueno?

¡Oh no!, señor Tochito. Allá el gobierno es igualito al de aquí; pero los obreros más fuerte, un poco más fuerte, un poco más fuerte, un poco nada más. Allá falta también. Allá el patrón de fábrica es millonario, es amigo del gobierno, los obreros también son explotados, muy explotados, pero están mejor que los de aquí: ¡hay sindicato!

Mire, míster Charles, por aquí nos pusimos a fundar una sociedad de obreros, y ¿sabe lo que pasó? Que el superintendente habló con el coronel para que se acabara la cosa y vino el coronel, diciendo que no estaba dispuesto a permitir que se formaran cochineras en todo el distrito y ¡zas! ¡Murió el cochino!

No podía sorprender al experimentado lector de libros revolucionarios que era míster: Charles, aquella conducta seguida por los imperialistas y por sus súbditos beneficiarios; toda la historia de las luchas sociales presenta similares ejemplos y no podía ser este país venezolano la excepción. Tampoco pudo alarmarse cuando supo que a los gestores de la idea les espero la horrenda cárcel de la dictadura o los sinsabores del exilio forzoso; ni mucho menos conocer el calificativo de agitador, enemigo de la patria, etc., que se acostumbraba a emplear para los hombres que pensaban distinto a los explotadores, en todas partes del mundo. Aquí se utilizaba una frase ya vieja en nuestra historia patria para hablar de los verdaderos patriotas: se decía que propagaban ideas exóticas. Ya un obispo de la colonia, presintiendo el estallar del 19 de abril, había lanzado igual calificativo para los enemigos de su majestad el rey de España y poco después de declarada la independendencia se calificaba de igual modo a los patricios; Bolívar propagó las “ideas exóticas” de los Franceses, ¿era raro que ahora hubiera otros propagandistas de iguales “disparates exóticos”?

Más duró muy poco el contacto entre el rubio extranjero y el obrero venezolano. Solo alcanzó a esbozar los fundamentos de un sentir revolucionario con palabras entrecortadas por la pésima pronunciación:

¡Oh, señor Tochito! Jefes patronos son muy malos con los venezolanos; ayer míster Penn, que es casado con una mujer de aquí, la compañía no le pagó alquiler de la casa, como a míster Baker, que es casado con una extranjera. ¡La mujer de aquí es buena, bonita, es mujer como cualquier otra mujer yanqui, como otra mujer francesa, como otra mujer española!

¿Por qué no tienen todos los hombres extranjeros los mismos derechos cuando se casan con una mujer de aquí? ¿Es malo casarse con una mujer venezolana? ¿Hay que ser castigado por casarse con venezolanas? ¡Eso no es correcto, señor Tochito!

Pocos días después, míster Charles dijo a Tochito, entre una gran carcajada triste:

Yo me voy mañana, my friend venezolano. La compañía no me paga todo el contrato y ¡Lest got! Yo no le gusto al gerente, no le gusto al gobierno tampoco, no le gusto a nadie; es peligroso, decir ellos. ¡Jajaja!

Con ingenua expresión comentó el obrero:

A mi si me gusta usted, míster charles. Marulalia y yo vamos a sentir mucho que usted se vaya y un irrefrenable impulso humano los hizo estrechar silenciosamente en un abrazo fuerte, como un ideal; largo, como una historia.

Al día siguiente el extranjero gritaba desde un vaporcito en marcha, poniendo las manos ahuecadas a cada lado de la boca, como un megáfono.

¡Aló, camarada Tochito! ¡Yo volveré después!

Es ahora Tochito una inquietud, un dolor oculto, un problema vago y raro. Tochito es ya un obrero. Marulalia le escuchará desde hoy sus largas charlas, preguntándole al final siempre lo mismo:

¿Y cómo se hace para cambiar las cosas?

¡Ya veremos! Contestará Tochito, lleno de un optimismo casi sin base.

Más bien pequeño el cuerpo, moderado el rostro moreno con líneas arrancadas al severo aspecto del indio y trazados con exactitud de ojivas opuestas cada uno de los dos ojos vivos, impresionantes, de blanquísimas escleróticas y grandes pupilas. Lacio el cabello grueso y brillante. Delgado el labio, recta la nariz. Raro tipo racial que no parecía denunciar al negro del pasado cercano ni al indio americano de la precolombina etapa. Recuerdo asiático tal vez, desprendiendo de algún inmigrante culí.

Tal el joven nervioso, recién egresado del aula universitaria de Caracas, llamado Trino por necesidad como decían sus amigos jacarandosos, porque se

dedicaba a oídos, nariz y garganta, a médico, poeta y loco, y a predicar en silencio la consigna de la Revolución Francesa: libertad, igualdad, fraternidad.

Trino Paz no era un hombre doctrinado en lo político ni definido en lo literario, ni capacitado en lo sociológico; era como la mayoría de los médicos venezolanos: un hombre esmaltado por la universidad, con ese brillo de níquel o de cromo que simulan los títulos académicos; acatado por la admiración popular que supone en cada galeno la existencia de un sabio y engreído como todos sus colegas, que sufren por igual el triste mal de la pedertería fofa, de la espectacularidad ingenua, como los cómicos de la lengua que limitan las excentricidades de los Viccos y de los Calvos a la sombra de los campanarios de aldea o a la puerta de las carpas faranduleras.

Mas si mediocre le hacían el medio y la costumbre inveterada de su gremio, cierto también que en el fondo de su conciencia se agitaban preocupaciones hondas, mal definidas aun, pero encauzadas todas hacia la investigación del problema social que le rodeaba. Y fueron esas preocupaciones, esas inquietudes en desarrollo, las que le llevaron a leer menos a Herrera y Reissig que a Montalvo; las que le hicieron dejar a un lado el laringoscopio para adentrarse en los vericuetos de la medicina social y de la ciencia sanitaria; y, por último, le inclinaron sobre el capital, como antes se inclinara sobre las amarillentas páginas de el contrato social.

Ya por ese camino del encuentro de sí mismo y dejando atrás una vida de anécdotas ridículas, apabulladas de términos científicos y de posturas clownescas, entró en rara amistad con el viejo don España, dueño de la funeraria del pueblo y extraño personaje venido no se sabe cuando de la península ibérica, para establecerse como agente de pompas fúnebres en aquel sitio donde la muerte tiene mucho de fúnebre y nada de pompa.

El viejo y el joven charlaban a diario ante la puerta de la funeraria o frente a la del consultorio, dando siempre motivo a que los transeúntes conoedores comentaran irónicos juicios acerca de la amistad de un médico con un enterrador; pero ni el viejo ni el joven prestaban atención a las críticas burlonas de los parroquianos. Siempre parecían estar interesados en tareas pendientes o entusiasmadas por inexplicables conquistas recién adquiridas; y cuando don España regresaba de la ciudad en el vaporcito del anochecer una vez en la semana, el doctor Trino Paz se acercaba al muelle para abrazar al viejo español, como si regresara de un viaje largo y distante.

Juntos se iban hasta la funeraria, seguidos por un muchacho mandadero que llevaba al hombro los misteriosos paquetes adquiridos por el español en la ciudad, y que se suponía lógicamente estuvieran formados por todas esas mercaderías que los habitantes de las aldeas compran en el mercado de las ciudades buen tabaco, buen vino y buen libro.

¿Cómo se llamaba don España? Tal vez se llamaba Jacinto, porque en alguna ocasión buscó en el correo cartas para ese hombre; pero el pueblo ya le había bautizado con el fácil gentilicio y nadie, ni el mismo, tenía interés en usar otro.

Don España y Trino Paz eran los que la gente llama una llave inseparable; juntos iban al cine cuando la cinta cinematográfica estaba respaldada por la firma de un Charles Chaplin o de un Paul Muni; juntos se les veía a veces leyendo algún libro o comentando alguna columna periodística; juntos en las tardes dominicales paseando bajo los cocoteros cerca de la orilla del lago.

Y cuando en el interior de la funeraria fumaban reposadamente aromosos, puros y departían en charla amena, no faltaba amigo transeúnte que se acercara para preguntarle al viejo:

¿Todavía no le ha puesto charol negro a la urna suya, don España?

A lo cual el viejo respondía, sonriente siempre:

Algún trabajo quiero dejarle a los que me entierren, aunque sea pintar el cajón.

Todo el pueblo celebraba aquella macabra previsión del español que consistía en mantener listo un ataúd todavía sin pintar, para cuando el muerto fuera él. Y el ataúd parecía presidir desde la altura del estante la vida de don España el previsivo, el hombre práctico que sabía muy bien como era de difícil arreglar el sepelio de los enterradores. Estaba hecha la caja a la medida de don España: lo suficientemente ancha para alojar al ventrudo candidato a la muerte. Estaba colocada casi cerca del techo, pero podía subirse a ella por fáciles peldaños, a fin de mantenerla libre de polvo y defendida de polillas; y cuando algún parroquiano vio al español descendiendo del ataúd con un trapo en la mano, don España se apresura a explicar:

La muerte es como los vapores de guerra que llegan sin pitar; por eso yo limpio mi ataúd todos los días.

Pero las vidas mansas eran sospechosas siempre porque en Venezuela el ojo de los espías era un ojo sabio, indiscutiblemente. Esas vidas austeras, rodeadas de serenidad, abrigadas por la penumbra, daban mucho que pensar a los áulicos de los tiranos y tiranuelos criollos. Si trino Paz hubiera continuado recitando versos de Villaespesa, pronunciando palabras difíciles del léxico otorrinolaringológico ante el asombro de los neófitos y acentuando mejor su merecido calificativo de loco, nada habría torcido el camino de la fácil felicidad al mediquito de provincia. Pero Trino cambió. Se encontró con don España y su vida dio viraje radical; pero eso sí, un viraje perceptible solamente por aquellos que le conocían de cerca y sorprendían en el médico aspectos nuevos. Se

había despojado del retoricismo con que antes circunvalaba las ideas y ahora utilizaba a estas como instrumentos de cirugía, eficaces y certeros sobre el cuerpo de los problemas sociales; se había desvestido del atosigante chambergo de la pedantería y había archivado en adecuado cajón toda la terminología médico-biológica que hasta poco antes hubo de servida para condecorar las más vulgares indigestiones. Su cambio era algo así como el de los árboles que toman la fisionomía que les imprime la estación, pero sin dejar de ser los mismos árboles sobre invariables raíces y bajo el mismo Sol.

Trino Paz comenzó a hacerse sospechoso por una pueril imprudencia: un día le vieron descender los peldaños que conducían al ataúd de don España, y quien le vio no fue un desprevenido parroquiano de aquellos que a don España reclamaban la pintura del ataúd, sino un “mosquito”, raro espécimen humano así calificado por el pueblo, con nombre de insecto, pero que en la vida ciudadana ostentaba el título de agente secreto. Desde ese momento, el mosquito marchó como sombra detrás del médico, don España redujo el número de viajes a Maracaibo, hubo menos encuentros entre el médico y el enterrador y, por último, el ataúd se cubrió de polvo.

He allí un drama sordo, anónimo, ocurrido dentro del pleno corazón agitado del pueblo petrolero. ¡Tres hombres y un ataúd! La vida diaria discurría alrededor de aquel drama sin que nadie pudiera percibir el apresurado palpitar del pulso de un médico que se sentía perseguido y asesinado, sin que nadie advirtiera como empalidecía inexplicablemente el rostro coloradote de don España cuando el jefe civil pasaba accidentalmente frente a la funeraria, sin que a nadie le sorprendiera encontrar al mosquito disimulado detrás de unos cajones del muelle y mirando de soslayo hacia todas partes.

Eran dramas de color, angustias dormidas como pájaros entre la tupida ramazón del alma popular, amenazas mudas como las amenazas de los microbios. Pero eran dramas que de súbito estallaban como volcanes tomando el color del fuego, que de pronto sacudían esa ramazón del alma popular y aventaban, espantaban, las angustias con formas de llantos de mujeres, de gritos de madres, de tremendos silencios de la impotencia varonil; eran amenazas de bacterias que hacían muerte inaplazable en el momento inopinado de la virulencia.

Así vivía el pueblo ¡casi sin saberlo! Rebelarse contra aquello era un imposible para todos los que aspiraban a la rebelión; solo habría sido fácil para otros: ¿existían? Sin embargo, la sorda protesta, se asomaba a los labios de Trino Paz, cada vez que en sus diagnósticos aparecía un término que señalaba culpabilidad de la compañía petrolera o delataba las consecuencias de una tortura ordenada por la autoridad. La timorata conspiración latía detrás del mal castellano que hablaba mister Charles, aparecía imprudente dentro de las estrofas de una gaita, asomaba cautelosa dentro del lenguaje sugerente de

algún infeliz periódico provinciano destinado a morir, o dormía quizá insospechablemente, beatificante, como en una catalepsia larguísima, bajo la tapa del ataúd de don España.

Las noticias también formaban parte de aquella maquinaria misteriosa destinada a triunfar espíritus para alentar con sus juegos la pila de la rebelión. Corrían como monedas de mano en mano, más que de boca en boca, y en el largo viaje que realizaban para dar la vuelta a un pueblo, ocasionaban mil emociones distintas: a este le hacían desmesurar los ojos de pánico; a aquel le alzaban la presión arterial en un ímpetu de alegría; a otros les pintaba ojeras con los insomnios silenciosos o inexplicables. Precisamente al doctor Trino Paz y a don España les llegó la noticia para no dejarles dormir:

Acaban de expulsar a míster Charles, el catirito contador de la compañía y dicen que porque estaba enseñando “doctrinas exóticas”.

El médico y el enterrador apenas pudieron mirarse de hondura a hondura de sus ojos. No conocían al míster catirito de quien le hablaban, pero tal vez conocían las doctrinas exóticas. Y como el “delincuente” no puede ocultar la tragedia que le vibra por dentro, sobre todo cuando hay alguien que mencione el “delito”, los dos hombres casi delataban su angustia con el silencio enorme que hicieron por comentario. Si ellos hubieran tenido, como Tochito, la suerte de conocer al yanqui jovial, habrían estado en el muelle a la hora de la despedida y tal vez al ver la nave sobre la lejanía de las olas habrían creído presenciar el viaje del empolvado ataúd huyendo hacia el horizonte.

¿Cuándo llegó el maestro Ceferino al pueblo aceitero?

Nadie lo recuerda. Ni el mismo.

Sólo sabía el viejo que fue en una remota ocasión, cuando al petróleo no se le conocía sino por el nombre de mene y el pueblecito era triste, silencioso y dormido, como casi todos los pueblos de tierra adentro en Venezuela; el suelo allá, por la orilla del monte, trasudaba bituminoso jugo espeso y maloliente, zumo combustible y raro cuyo olor no había llegado aun hasta las narices de estos hombres uniformados de caqui y cubiertos con sombreros de grueso corcho. Un vegetal alejado y escondido entre breñas y maragatos, fluía por la herida del hachazo su resina medicinal que era sustento de hogares y que el importador europeo llamaba copaiba cuando la voz popular le designaba cabima; los cocoteros daban su nuez para el aceite, otro aceite más, de buen olor cuando en las pailas se freía la dura pulpa oleaginosa, pero de acre transcendencia cuando el tiempo lo enranciaba; y este aceite no como el de piedra iba a consumirse con alardes cosméticos sobre la cabellera graciosa de las hembras o en el vaso, que transformado en lámpara votiva, pestañeaba ante santos de cartón, o se destinaba a iluminar con su llama bailarina la pobreza de las salitas de las casas de enea.

Noches, ajo claros de luna, hacían apacible la vida y el paisaje. Nadie sospechaba entonces que la fogata de los mechurrios de ahora llegara a poner algún día pinceladas bermejas e infernales sobre la ola mansa del lago tranquilo. En el móvil espejo de las aguas, solo dos luces color de estrella quebraban sus reflejos: la pira del basurero y el farol de la piragua anclada en la orilla. Brisas con sabor de sal y con perfume de hojas verdes mecían los cocoteros dormidos en la costa, y cuando en la lejanía del lago negro chispeaban luceros a flor de agua y en avance lento, los ojos sabios del palurdo pueblerino adivinaban nombres de goletas y balandras:

¡La Julia Ramona!

¡Los cinco hermanos!

Trinos de la madrugada y avisos crecientes del clarín del gallo, anunciaban la noticia fidedigna del regreso del sol, único rubio que pasaba el día en el pueblo, inversionista de oro sobre el campo, alentador de energías, que alegraba pájaros y músculos, para ponerse melancólico a las cinco de la tarde y morirse de romanticismo a las seis, allá donde el cielo se convierte en lago, dejando rosas sobre el agua y en el azul un extraño amarillo, color de venado.

Entre la madrugada y la mañana mediaba el olor del leño ardiente y del café aromoso, y, para que las topias del brasero mantuvieran su fuego crepitante, durante el día el hacha de los leñadores bajaba y subía sobre el tronco víctima y el noble sudor campesino lavaba el cabo de la herramienta. Nada presagiaba entonces que una mañana, en ese mismo sitio, habría de ser plagiado aquel trajín del brazo por el férreo balancín, caricaturando al leñador y eternizando mecánicamente la faena, como una burla al cansancio de los músculos limitados en poder.

Era un pueblo sin vida, pero no muerto; sin vida como el polluelo en potencia dentro del blando cascarrón, pero hirviente de promesas cuando el huevo se incubara bajo el ala caliente de la clueca. Era un pueblo alistándose para nacer, lleno de augurios, oloroso a porvenir.

Aquel zumo denso dentro que asomaba en los suelos, anuncio del combustible rico, era el cotiledón del petróleo buscando el Sol y habría sido un árbol de porvenir si desde la raíz hasta la hoja hubiera sido venezolana. Porque la verdad es que nunca la agricultura fue promisoriosa en aquellos sitios áridos y no podía esperarse buen fruto de aquel suelo reseco. La riqueza era otra, desgraciadamente no cultivable por manos ignorantes; pero el sano corazón de los hombres no presentía la injuria del inversionista, porque estaba acostumbrado a creer que todo era benévolo y vivificador como aquel sol que alegraba desayunos, calentaba almuerzos y refrescaba cenas, todas de plátano cocido con queso de cabra y chicharrón.

Por eso el viejo Ceferino nunca habría imaginado este presente, de no haber sido sorprendido por la civilización desbocada del imperialismo una mañana: civilización que no entró como el sol despertando pájaros sino avivando codicias; que no pobló de luces las majadas sino de ambiciones las manos insaciables; que no arribó como bajel de paz sino como avalancha de bucaneros en abordaje. Fue un furioso batallón de hombres poseídos del torvo anhelo de lucro y de explotación; abigarrado enjambre de pigmentos de pieles blancas o cobrizas, amarillas o negras, pero todo ello presidido por un solo espíritu de conquista que no era expresión de lucha fértil sino arrebató de absorción y de saqueos; por eso estuvieron juntos en la hora de la invasión el rubio portador del dinero y el criollo fraguador del plan perverso, la avasalladora catarata de dólares comprando conciencias baratas y la tremenda opinión del máuser y del foete quebrando rebeldías.

Se volvieron doradas las monedas de níquel y amanecieron con precio de arenas diamantíferas las tierras yermas de allá adentro, habitadas por cactus y cabinas, los suelos salobres de la costa bordeada de cocoteros, la sipa del fondo del lago y el cascajal del cerro pelado cuya altura enana había servido solo para que los niños colmaran el ansia de ver su lago como lo ven los pajaritos. Y amanecieron también con precio la conciencia y la inocencia, el hogar y el sexo, porque como planta parásita sobre el añejo tronco de las tradiciones, comenzó a trepar el soborno con sus flores de vicio.

Nacieron los sueldos altos y los salarios bajos.

Nacieron tallos de acero a cuyo ramaje llamaron cabria; trepidaron hediondos motores y el machete del campesino cambió de domicilio, abandonando el tronco leñero para irse desde el pueblo hacia la montaña haciendo caminos, abriendo brecha, talando bosques, peregrinando entre dos paralelas de tinta china trazadas enigmáticamente sobre el arabesco de unas cartulinas mudas.

Preparado así el sendero asfaltado, vino por él un carro que tenía por ruedas dólares y esterlinas, y trajo en la cómoda carlinga al jurista criollo, al mediquito obediente y sumiso, al contable atónito que aprendía ahora a sumar y dividir cantidades de siete cifras, al desprevenido muchacho recién estremecido por la pubertad que aristocratizaba su función de sirviente con el título inglés de office boy.

El maestro Ceferino mejor que nadie sabe contar lo ocurrido y, narrándole, decía a Natividad cierto día:

A mí me fregó el doctor Escandela porque para entonces el suelo no valía nada, llegó y me dijo: "mire, maestro, a usted no le hace falta esa faja de tierra y la compañía la puede necesitar para pasar por ahí un camino verbigracia; si usted quiere yo le propongo el negocio". Y yo, que entonces no

sabía nada de estas cosas, vine y le dije: “bueno, doctor, si me consigue dos mil pesos hago el trato” ¡Parece que lo estoy viendo, cara! El muy cipote me abrió las agallas diciendo: “¿Cómo dos mil? ¿Usted está loco? ¡Lo menos que le consigo son cuatro o cinco mil!”. “¡Convenio!”, le dije yo ¡ay cara! ¿Sabes lo que pasó? Que cuando fui a firmar la escritura me dijo: “mire, maestro, yo puse en el papel que es por ochenta mil bolívares la venta, porque a la compañía le conviene hacer creer que compró caro”. Pero ¿sabes lo que era en realidad? Que el muy ladrón lo había vendido por veinte mil pesos muy bien contados y nada más me dio cinco mil Jajaja. Y lo bruto que soy yo: ¡quedé contento!

El viejo mira hacia el horizonte enrejado por las cabrias, mientras late en su pecho un corazón ingenuo al mismo compás de los balancines que chupan el zumo negro del suelo que le arrebataron.

Después ¿Qué podía hacer? Comprar una pulpería: ver correr por el cajón monedas doradas; contar con delectación muchas aguilitas brillantes cuando sacaba la cuenta del diario. Un día el jefe civil le propuso sociedad “al partir” para que fuera el viejo quien administrara el robo en la ración de los presos de la policía y, como no aceptó el sucio negocio, aquel coronel de la rehabilitación le puso la proa como decía el maestro, hasta hacerlo arruinar totalmente. Empobrecido, miserable, hubo de volver al viejo oficio de su juventud: carpintero.

Luego, fabricar tres cruces de curarire en cinco años, para marcar las sepulturas de los tres hijos varones que se fueron desde la cabria hasta el cementerio. Y lamentar ahora con tristeza:

Vale más que hubieran sido hembras los cuatro, aunque se hubieran metido a malucas.

Vencido y amargado, veía la redención hasta en el prostíbulo, porque no sabía verla en la revolución.

Aun cuando aquel José la Mercé García, alias Tochito, había despertado en él todas las simpatías porque en un gesto varonil supo esbozar una protesta y porque a cada momento usaba la palabra sinvergüenza para calificar a los malos hombres; aun cuando Tochito y Marulalia eran ya una caricia de amor a su lado, algo blanco y dulce que le hacía revivir el buen pasado manso y olvidar un poco la hora aciaga del engaño, el maestro Ceferino recriminaba cariñosamente a la hija, como si un presentimiento doloroso le dictara su experiencia:

Marulalia, hija ¿para que se te ocurrió enamorarte de un trabajador de la compañía? ¡Como si fuera muy bonito el porvenir de ese pobre obrero!

La hija alegre le respondía sincerísima:

Al baile, papá; ¡porque me salió de adentro!

¡Que se va a hacer! Comenta resignado el viejo, pero agrega justiciero, ¡y tan bueno el pobre!

Satirizando, como si quisiera provocar cariñosamente la ira en el padre, la muchacha pregunta:

¿Qué querías entonces? ¿Qué me metiera con el gerente?

El viejo rápido, indignado, sube la voz involuntariamente para responder:

¡Carajo! Ojalá se le ocurriera venirte a enamorar, ¡para que sepa lo que es una peinilla saladillera!

Marulalia lanza al aire la linda vulgaridad de su risa escandalosa y el viejo cambia el gesto agrio por la sonrisa tierna. Así los encuentra Tochito que trae el sombrero en una mano y los dedos de la otra trezándose entre el pelo enmarañado:

¿Qué hubo, viejo? ¿Cómo esta?

El maestro, sin mirar al visitante porque es costumbre y no un acto despectivo responde su frase habitual:

Entre fuerte y dulce como el guarapo ¿y tú?

Con otro refrán explica Tochito:

La misma barca atravesando el río.

La muchacha se acerca al amado, le abrocha el tercer botón de la blusa, le quita el sombrero de la mano áspera mientras ella introduce con brusco gesto su manita graciosa en el bolsillo del hombre, porque quiere esperar la respuesta, el cariñoso regaño, que siempre ha consistido en un manotón seguido de la reprimenda amable: "a los hombres no se les curucutean los bolsillos". Pero esta vez no ocurre tal cosa. Tochito permanece insensible, meneando los dedos entre el cabello revuelto y mirando las cercanas paredes como si observara lejanías. Ella acentúa el registro provocador sin obtener reacción, ensombrece entonces el rostro hermoso y se atreve a preguntar un tanto temerosa:

¿Qué te está pasando a ti, Tochito?

Y no es solo ella quien espera la respuesta, sino el maestro Ceferino también vuelve el rostro y pregunta con el silencio de sus ojos cansados.

Aquí pensando en una jaiba que no me puedo explicar anuncia Tochito; imagínense ustedes que a míster Charles lo botaron para Nueva York porque que es peligroso. Un hombre tan bueno, cara.

Es el maestro quien responde:

Por eso mismo. Si hubiera sido maluco como los demás, ¡estuviera en la guama!

“maluco” era la traducción de explotador, de frío extorsionista; la guama era el plano alto desde donde surgen las voces de mando y las directivas del poder. Idioma simplista y extraño que define las cosas con voces que no están en el diccionario, pero lenguaje propio con el cual el pueblo expresa lo que habla su conciencia, míster Charles y Tochito, y el estafado maestro Ceferino, sentían la necesidad de bajar la guama hasta el nivel del plano de todos los hombres; por ello míster Charles era el más “peligroso”, encaramado allá en la guama, donde solo podían tener butaca los malucos. Así, con esta alambicada dialéctica, es como podía tener explicación lo que ocurría, es como la mente de los tres personajes, concebían la realidad.

Sin intención de acatar esos ritos que el mundo ha inventado para rendir homenaje a los caídos, usando el silencio como símbolo, los dos hombres y la muchacha se han quedado mudos, todo un largo minuto pensando en míster Charles.

Algo estaba desajustado dentro de aquel mundo de incongruencias.

El más indiferente observador podía enterarse de que faltaba la lógica en todo cuanto ocurría, de que todo resultaba explicado por absurdos y equívocos. Reinaba la insensatez y la chabacanería. Como nadie se atrevía a comunicar sus pensamientos a los demás, se sentía una ausencia de pensamientos casi limítrofes con el vacío. Por ello don España le decía a su inseparable amigo Trino Paz aquellas frases chascarrillescas:

Este no es un pueblo, sino un manicomio; aquí las cabezas se han quedado huecas y solo quedamos usted y yo con una migaja de preocupación: será porque la naturaleza le tiene horror al vacío.

No parecía un grave suceso la expulsión de míster Charles y sin embargo se había desencadenado una rara tormenta inexplicable. Todo el ambiente estaba como influido por aquella circunstancia. Hasta el drama del turco Elías parecía tener su raíz en el extrañamiento apresurado del yanqui indeseable.

Sarita, la turquita, ni se llamaba sarita, ni era tura. Era solamente la esposa del turco Elías y había repartido sonrisas y miradas pecaminosas por todo el pueblo. El turco Elías, vendedor ambulante, recorría las calles con un

azafate colmado de bisuterías, pero regresando constantemente hasta la puerta de su casa en un vigilante celo que daba pábulo a burlas y cuchufletas crueles:

Elías, ¡pela el ojo! Le gritaban los chiquillos y agregaban obscenas invectivas.

Y precisamente ahora, coincidiendo con la expulsión del musiú y con el regreso del jefe civil que había viajado a Maracaibo para gestionar la medida oficial complaciendo al departamento legal de la compañía, ocurría la injustificable prisión del turco Elías.

Fue un breve arresto de pocas horas. Le administraron tres foetazos en la jefatura, se negaron a escuchar las quejas del infeliz buhonero y lo echaron a la calle propinándole varios empellones que derribaron el azafate e hicieron saltar muñecas y joyas de oro sobre el suelo. La voz de Cambula, EL jorobado bárbaro que tenía fama de torturador, le hizo saber al humillado extranjero:

Y que no se te ocurra pasar por tu casa mientras el coronel este con Sarita ¡ya lo sabes!

Impotente, sometido, vejado y cobarde, el turco Elías no se detuvo a recoger la mercancía esparcida en el suelo. Avanzó como inconsciente, descorazonado, con su azafate colgado del pescuezo por la correa de cuero sucio. Avanzó sin rumbo, calle arriba, calle arriba, calle arriba, y con los ojos empozados de lágrimas, la voz temblona y sollozante, lo encontró la noche muy lejos del pueblo, sobre los arenales desiertos, voceando nombres de objetos que no había en el azafate vacío:

¡Los bienes, las beinetas, las buntas bordadas!

No pudo escuchar el grito del guachimán porque los oídos estaban ajenos a su propio cuerpo; había avanzado sin saberlo hasta adentrarse en las zonas más vigiladas; alta fue la voz que le advirtió:

¡Epa! ¡Eche para atrás, que esto es de la compañía!

Pero el turco prosiguió la marcha que un balazo certero le hizo rodar.

Al siguiente día, luego que le hubieron aplicado primeros auxilios unos practicantes de la compañía, fue arrojado a un calabozo de la jefatura bajo la acusación de haber intentado un conato de incendio en los depósitos.

Carrillo Varela ordenó redoblar la vigilancia de aquellas zonas, porque las cosas no estaban muy buenas y el musiú expulsado como que había dejado prendida la mecha.

¡Yo mismo me voy a ocupar de vigilar eso! Decía Carrillo Varela para dar más vigor a las medidas previsivas.

¿Qué hizo mister Charles para que se conmoviera tan profundamente aquella jauría de bárbaros? ¿Por qué su nombre se aprovechaba ahora para perpetrar los más espantosos crímenes, las más odiosas villanías y las más injustas persecuciones?

Los que hasta ese momento habían sido sospechosos porque los mosquitos denunciaron “cosas extrañas”, tuvieron que temblar de pánico; se sintieron asediados, rodeados de ojos escrutadores por todas partes. Un grupo de hombres armados, pero sin uniforme que simbolizara su carácter gubernamental, entraron de súbito a la funeraria de don España. Estremecieron las estanterías y derribaron urnitas blancas y ataúdes negros; de pronto perdió el equilibrio el famoso ataúd que el español decía haber destinado para sí y rodó, con pesado estrépito, dejando sobre el suelo un reguero de libros ¡plejanof! ¡Kautski! ¡Vladimiro Ilich!

Instintivamente se cerraron los ojos del español, mientras se abrían jubilosos los de los mosquitos. Leían los títulos y hacían comentarios burlones:

¡Mira este! Debe ser para enseñar a hacer cobres porque se llama “El Capital”.

Tanto a don España como a sus libros los lanzaron violentamente hacia el interior de una camioneta. El público presenciaba aquello sin entender.

Al siguiente día, muy de mañana, un agente de policía llegó al consultorio del doctor Trino Paz:

Que le manda a decir el coronel que le haga el favor de ir a la jefatura, ¡para que vea un preso que está muy quebrantado!

Vestido con la blusa blanca, llevando en la mano el maletín y colgándole del cuello el estetoscopio, se dirigió hacia la jefatura el médico. Abatido, nervioso, presintiendo que el enfermo sería el amigo fraternal, traspuso la puerta.

Pero nunca regresó a su consultorio.

Allá dentro, en el infecto calabozo donde le encerraron, encontró al turco Elías. Tendido en el suelo, con la pierna herida envuelta en vendajes impregnados de coágulos ennegrecidos, el turco hablaba con entrecortada voz los disparates que le dictaba la fiebre altísima.

¡Sarita, no! Decía. Ella se llamaba Asbasia ¡Asbasia!

Toda la noche, todo el día, todas las otras noches y todos los otros días, mientras duraba la vida en las turbias pupilas y en los reseco labios del turco Elías, tuvo que escuchar Trino Paz aquel nombre de mujer, como una cantilena:

Asbasia, Asbasia ¡Asbasia!

Y cuando hubo muerto entre sus manos de médico, entre sus manos vacías, incapaces, impotentes, desahuciados, el doctor Trino Paz quedó repitiendo involuntariamente aquel nombre odioso:

¡Asbasia maldita! ¡Asbasia!

No esperó el jefe de labor la clásica hora de los sábados en que se mueve con mecánicos eficacia el tarjetero del pageroll mientras las manos ásperas de los obreros se extienden esperando el salario. No. Inesperadamente recibió Tochito una llamada y la cara dura del jefe de labor era suficiente explicación de la orden de pago.

Orden de pago es la frase que significa despido en aquel idioma convencional.

¡"Está bien"! respondió Tochito y se retiró pensativo.

En su marcha lenta si miró ahora con fijos ojos el constante cabecear de los balancines incansables chupando, chupando, chupando. Y llegó hasta el muelle inconscientemente. Allí estaba el coronel esperando a su secretario que precisamente entraba al puerto en una lancha gasolinera de las del tráfico ordinario. El funcionario saltó a tierra cargado de paquetes, y en los momentos en que entregaba a su jefe algunas cosas y formulaba el respetuoso saludo de rigor, tendió la mirada hacia el abatido obrero y comentó con ínfulas de adivino.

Ah coronel, ¿Cómo que rasparon a Tochito de la compañía?

Tochito respondió sorprendido:

Si me rasparon; pero lo que me parece raro es que usted lo sepa tan ligero; imagínese que me acaban de dar la orden de pago y usted ni siquiera estaba aquí.

¡Es que "nosotros" sabíamos que el toro te iba a llevar en los cachos! Explicó el coronel dándole énfasis a la palabra nosotros, como para enterar a todos de que ellos, los gobernantes, estaban estrechamente vinculados a los altos magnates petroleros.

Pero Tochito y los otros circunstantes que escuchaban no pudieron entender de inmediato la parábola del toro, y el obrero preguntó:

¿El toro? ¡Qué toro!

El coronel dictó la hermenéutica:

¿Qué toro? ¡El musiuíto que se fue! ¡Ah, hombrecito entaparado!

Imagínense que la compañía no podía ni botarlo, porque le habían firmado un contrato en Nueva York y el plazo era largo; porque eso sí, el hombrecito es un rolo de jefe como contador. Tuve yo que hablarle al general para que el ministro lo expulsara del país como persona indeseable; porque si no el musiuíto se queda arrejerado ¡Echando labia y labia!

¿Y yo que tengo que hacer con eso? Interrogó Tochito.

Yo no sé, dijo con sorna el coronel. Y alístate tú, Tochito García, porque ya estás en la lista negra y no te vuelven a recibir en ninguna compañía petrolera ni que hagas como todos los animales.

La perspectiva de aquel boicot insufrible le hizo estremecer, pero fingiendo coraje respondió solamente:

¿Así es la cosa? Está bien.

Sin otra palabra se lanzó a caminar calle abajo el pobre obrero con mucha decepción y pesimismo, pero también con una inexplicable satisfacción de haber hecho algo desconocido, pero algo bueno, ¡Tal vez!

Ya estaba en la lista negra, en esa lista fabricada por las empresas petroleras para censar la población de la dignidad, porque en ella anotan todos aquellos nombres de quienes un día dejaron escapar la protesta, formularon la maldición o alzaron la voz más alta que las cabrias, más alta que los rascacielos de Wall Street. Es una lista ignominiosa, donde mezclan en injuriosa promiscuidad los nombres de ladronzuelos miserables, de los reos de delito autentico, con los de aquellos venezolanos que no tuvieron suficiente capacidad de sumisión y un día cualquiera expusieron su protesta, o lo que es más natural aun; despertaron inopinadamente y comenzaron a ver la dolorosa realidad de su patria. Pero la lista negra es como una amenaza de ostracismo eterno para el trabajador; ostracismo sufrido dentro de las propias fronteras de la nación, pero completo extrañamiento, porque nunca más podrá volver a ganar el pan un obrero en la máxima industria de su propia patria, debido a que la lista negra está siempre en los archivos de todas las empresas, y aquel que ingresa en ella aun cuando sea en momentos en que trabaja la mas apartada región, en el más remoto campamento pasará inmediatamente a todas las copias de la famosa lista, a lo ancho y largo de todas las zonas petroleras. Para confeccionar esta lista y aplicar la tremenda sanción que ella implica, no existen las famosas contradicciones del imperialismo, ni intervienen motivos de competencia comercial; la lista es exacta para anglo-holandeses y yanquis, porque el puño que la aplica tiene un solo nombre: imperialismo, y nada más.

Sin embargo, el secretario de la jefatura civil, picapleitos y pseudointelectual, encontraba siempre una argumentación jurídica para explicar esas nuevas leyes represivas que iban invadiendo a la pobre Venezuela, y un día justifico la lista negra diciendo aquello de que todos los venezolanos son iguales ante la ley, razón por la cual patriotas y bandidos debían ser iguales para la lista.

Después de haber desandado calles como iluso, enfrascado en un hueco de pensamientos negros, Tochito llego hasta la casa de su novia y lanzo la mala noticia desde el centro de la salita mínima:

¡Me rasparon de un solo mamonazo! ¡Me botaron de la compañía! Marulalia se quedo silenciosa y asuntada, observando a Tochito de pies a cabeza.

¿Pero fue que peleaste? ¿Llamaste sinvergüenza a algún musíú?

No respondió el obrero. Si ni había hablado hoy. El “coronel” dice que es porque míster Charles me llevo en los cachos, yo ni me explico esas cosas, pero aquí debe de haber gato encerrado.

Y recorriendo la salida como si revoloteara detrás de una lógica inalcanzable, repetía;

Si, Marulalia: aquí hay gato en mochila. ¡Aquí hay gato en mochila! Las cosas están muy feas: están presos el doctor Paz, don España y parece que mataron al pobre turco Elías. ¡Aquí hay gato en mochila!

La muchacha comienza a inquietarse aun sin encontrar motivo claro de su inquietud; pero comprendía que no era solo el despido sino la amenaza que podía cernerse sobre su hombre, sino también algo peor, proveniente de las otras fauces devoradoras que eran las cárceles de la tiranía. Pero no se atrevió a expresar aquellos malos augurios y solamente advirtió:

Y ¿Ahora?

No podía responder el pobre obrero. ¿Ahora? Ahora el hambre anunciaba su visita bárbara. Ahora quedaba detrás el petróleo “para otros” y por delante un vacío inmenso, como el horizonte, para él.

¿Ahora? Seguir viviendo sin saber de que ni para que: ¡pero seguir viviendo! Marulalia estaba ahí, silenciosa como su angustia. El suave movimiento de la respiración hinchada su seno hermoso y Tochito fijaba la vista indiferentemente sobre el palpar de aquella carne asustada.

Los ojos de ambos recorrieron después la salita sin encontrarse nunca.

¿Quieres los cobres que estabas ajuntando para el matrimonio?

Un sacudimiento agito el espíritu del obrero. ¿Sería que el amor, igual que el jefe de labor, formulaba también el rechazo? Y con parecida voz a la que ella había empleado para decir: ¿y ahora?, pronuncio él:

¿Y entonces?

Pero la ingenua explicación y sana lógica lo curo del golpe:

En la calle y sin trabajo no podía quedar; siquiera con esos cuatro cobres podía ponerle a hacer algo.

También es verdad ¡que se va hacer!

Y recibió de la novia cuatro aguilitas envueltas en papel de seda, los billetes enrollados y atados con hilo, y los dos últimos fuertes que guardara, sueltos, casi no impregnados del perfume que despedía la caja de jabón de Reuter que hacía de cobre.

“De cualquier modo se gana el frito”, se dijo, y se echo a la calle de nuevo. Paso varios días sin resolver nada, estudiando un negocio, según su propia frase. Iba de noche a visitar a Marulalia y casi no hablaba sino que leía periódicos, como deletreando. De pronto dice a la novia:

Fíjate en lo que dice este periódico, Marulalia: “josefina Corredor desea saber el paradero de su hijo Manuel, de treinta y dos años, color trigueño, ojos negros, pelo crespo, alto y delgado, quien se ausentó hace tres años para trabajar en una compañía petrolera en el Zulia. Se agradece a la prensa de Maracaibo reproducir esta suplica, y a quienes puedan informar, dirigirme carta a Ejido estado Mérida. Dios pagara este servicio prestado a una madre adolorida, que está en la más absoluta miseria”.

Al quitar los ojos del diario, busca los hermosos y brillantes ojazos de la novia y comenta:

¿Te acuerdas de Manuel Corredor, aquel que se la pasaba con Jacinto Pérez? ¡Cómo no! De Jacinto si se que murió quemado en el T-58 cuando el incendio; pero ¡del negrito Manuel ni me acordaba! ¡Pobrecito!

Se queda en silencio un rato y luego reanuda la charla:

Yo no me queme en el T-58 porque no estaba de pasar; hacia un momento que me había llamado el ingeniero ¡Cuando de pronto se levantó la fugará! ¡Cara! ¡Asi debe ser el infierno! ¡Ah, cosa fea! ¡Sonaba la llama como cuando se bate la escandalosa de una goleta con el brisote! ¡Y ese humazo! Bueno y para que tu veas, no se murieron muchos esa vez porque la gente estaba medio peli zorrera aunque el geólogo dijo que faltaba mucho. Nada más que se murieron treinta y dos.

Otro minuto de silencio y continuó hundiendo la charla en el negro de los recuerdos espantosos:

¡Ah! ¡Ahora que me acuerdo! ¡Si hombre! ¡Ya sé!; ese Manuel Corredor no se murió quemado; ese se murió de mengua, por culpa de la compañía. Ese murió porque le reventó una bombona de gas y ya cuando lo llevaron a Maracaibo estaba más allá que de acá.

Lo que faltaba, era la descripción de aquella mañana trágica en que Manuel Corredor perdió la vida, no era para animar la charla de unos novios, aun cuando esos novios estuviesen circundados por el trepidante ambiente del petróleo. Y Tochito prefirió quedarse con los ojos idos, pensando y caminando con la mente hacia aquel pasado feo; la bombona de gas había hecho explosión, y la violencia de la descomprensión convirtió en proyectiles potentes los granos de arena y los guijarros del suelo; Corredor recibió toda aquella descarga y la tierra se incrustó bajo su piel, acribillándole, deformado y dando alaridos fue trasladado al dispensario para la cura de emergencias y llamaron al doctor Otari. El médico no pudo acudir inmediatamente porque estaba desayunándose, y cuando llegó a verle más tarde, arrugó el entrecejo y dictaminó a secas:

Este hombre esta grave. Hay que llevarlo a Maracaibo.

Si se hubiera tratado de un extranjero, de un citizen de Norteamérica, la compañía habría utilizado la más rápida gasolinera; pero era solo un nativo de Venezuela y no era prudente ocupar el vehículo reservado a casos urgentes de la empresa. Apresuraron la salida de una de las lanchas del servicio habitual y transcurrieron dos horas largas durante el viaje; después tardaron una hora más entre el desembarque y el transporte en un automóvil de alquiler para llevarle del muelle de Maracaibo al hospital de la compañía. Después, debieron enterrar su cadáver, porque de corredor no se había sabido mas nada.

¡Fue otro que Se tragó el subsuelo!

De súbito sorprende Tochito su propio silencio y trata de excusarse ante la novia que le estaba mirando aleada:

¡Ay cara, Marulalia! ¡Es que se me fue la totuma para otro lado!

Estaba recordando la muerte de Manuel Corredor. Que debió de morir en los mismos días en que estaba en el hospital enfermo el tuerto Leovigildo, curándose del ojo que perdió por culpa de la crioza que tienen las maderas que usa la compañía.

Aun cuando aquellos temas crispantes, desoladores, habrían sido capaces de angustiar al más desprevenido oyente, no impresionaba tanto a la

muchacha acostumbrada a ver sucesos espantosos a cada momento; en cambio, la obsesionaba el desempleo del novio, y por eso planteo lo siguiente:

¿Qué te parece, Tochito, si te cambias el nombre? Tú sabes que los que ponen en la lista negra tienen que cambiarse el nombre para poder conseguir trabajo en otras compañías. ¿Por qué no haces lo mismo?

¡Eso no! Yo prefiero que me dejen en la lista y que no me den trabajo. Eso que paso con Corredor fue por haberse quitado el nombre, para volver a conseguir puesto, quizá. ¿Qué nombre tenía cuando lo enterraron? Y ahora ni se sabe donde estará ¿En el camposanto?, ¡Ni nadie le puede garantizar a su madre si está vivo o si está muerto! ¡Ni yo mismo! Porque no se la primera vez que de pronto me topo con un compañero que se murió de mentirita y cuando menos se piensa sale el difunto pidiendo ron. ¡Ni de capirote me atrevo yo a escribirle a su señora diciéndole que Manuel es páramo!

Entonces, ¿Qué piensas hacer?

Estoy planeando un negocio que me dijo el margariteño Chito Solíz. Porque te diré: Natividad me estaba aconsejando que me pusiera a dar esos cobritos a premio para hacerle la contraria a Carrillo Varela, pero eso es un fracaso; ni a mí me gusta ese negocio. Me acuerdo de mister Charles que me decía que los especulan con ese capital sin trabajar y se valen del trabajo ajeno, esos son unos ladrones; ¡Contra esos hay que ir! ¡El que no trabaje que no coma! ¡Qué hombre ese, Marulalia! Hablaba como si supiera todas las cosas del mundo; me decía como debía hacerse un gobierno del pueblo; me explicó que la gente pesa no tenía porque vivir sacándole el jugo al trabajador para echar lujo y darse gustos, ¡Que hombre para saber cosas, Marulalia! ¡Con mil hombres como ese, se compone esto!

Pocos días después, Tochito no asistía a la visita de novios. El trabajo le absorbía todo el tiempo. Detrás de un mostradorcito forrado en láminas de zinc, pasaba el día vendiendo y discutiendo precios. Le había comprado el negocio a Chito Solíz y ahora ponía en práctica todos los consejos que le diera el buen margariteño, quien ya estaba rico porque había ahorrado veinte mil bolívares y sentía el deber de volver a su isla hermosa, como hacen los buenos ñeros neoespartanos. Había aprendido Tochito a usar una botella de güisqui etiqueta negra para envasar el contenido de otra etiqueta roja, porque por ahí pasaban los jurungos ya borrachos y pedían siempre “whisky and sode”; había aprendido a hacer sándwiches y perros calientes, porque ya no se usaban las empanaditas ni las manducas sino para complacer a muy pocos clientes; había aprendido a adularle al otro margariteño, Felipe, porque se decía que tenía más puntas que una guaya y más relaciones que una mujer maluca.

Solamente los domingos, después de cerrar aquella venduta que él llamaba mi gato, podría hablar con Marulalia, al gato iban los antiguos

compañeros a tomarse los palitos preliminares de la tarde todos los días, hasta que una vez el coronel le dijo a varios obreros:

A ustedes les va a salir cara la visita al gato de Tochito; cualquier día lo saben en la compañía y los pasan por el filo, porque lo que es Tochito no se quita de encima el sambenito que le dejó míster Charles, el musiuíto.

Y poco a poco, dejaron de asistir los compañeros al gato de Tochito. Cuando supo la causa se mordió los labios: ¡Bien sabía él el precio de cada “sinvergüenza” que pronunciara! Apenas lo comento con el margariteño Felipe:

Ese carrizo me tiene cogió el numero; pero ¡Algún día me las paga todas juntas!

Felipe no faltó como los demás. Como el no trabajaba en el taller de mecánica ni en la perforación, gozaba de mayor autonomía traficando calles y haciendo gestiones ordenadas por el jefe del depósito de abastecimientos. Precisamente esas características de su trabajo le rodeaban de atenciones y de adulaciones, puesto que los comerciantes se interesaban en tan excepcional comprador, a Tochito le contrató 700 racimos de guineos diariamente y le pidió una moderada utilidad porque el sueldo no era bueno y había que redondearse algo con las ñarras.

¿Qué es eso de ñarras, compadre Felipe?

Y respondía:

Ñarras son esos cobres que se quedan pegados el bolsillo como ¡Por milagros de la virgen del valle!

Pero bueno, Felipe, ¿para qué son esos guineos todos los días?

Ah compadre, tu sabes para que son los guineos. Te lo voy a decir, aquí entre nosotros. Pues, es que los barcos petroleros pagan un impuesto de no sé que a dos bolívares la tonelada; pero cuando llevan frutos del país ¡Pagan un bolívar nada más!

¡Ah! Respondió Tochito, mientras el margariteño reía.

¡Esos sipótes sí que son avispados, cara! Con cuatro guineos podridos, le ¡Maman el gallo a la ley!

Esa tarde recibió Tochito un papelito de Marulalia que decía así:

“Sal temprano hoy para que vengas a casa que tengo que decirte un secreto, María”.

La hija del coronel era alta, rubia, elegante. Contrajo relaciones amorosas con el doctor Otati, médico yaracuyano. Antes de esas relaciones el

coronel no era coronel; era simplemente recaudador de una planta eléctrica y se había dado a conocer como activo defensor de los intereses de la empresa. Con el recibo en una mano y la amenaza en la boca se presentaba antes los suscriptores atrasados en el pago. Su gran actividad de denunciante o sospechador de contrabandos, le hizo del aprecio de sus jefes. Pero un día el doctor Otati resolvió sacarse la linda rubia hija del recaudador, y cuando conquistó la calidad de yerno, no pudieron lograr una colocación lucrativa para el suegro en la compañía petrolera donde prestaba sus servicios de médico logró, en cambio, una recomendación del gerente para el presidente del estado; seis días después se le nombraba el título de coronel.

Desde entonces su título, y su cargo dependían del gerente de la compañía y de la paz concubiniaria de los esposos Otati.

En nada se relacionaba la estabilidad de su cargo con el concejo municipal ni con el jefe civil del distrito, puesto que la edilicia cámara desprendía directamente del presidente del estado, y el jefe civil del distrito llamado gobernador solo se ocupaba de cobrar multas y enviar huevos chimbos a Maracay.

Lo de los huevos chimbos también merece narración.

Cierto día un tío de este gobernador que nos ocupa, llevo a la capital de la República varias frascos de huevos chimbos, el dulce típico de la región Zuliana preparados por la suegra de nuestro personaje, y los presentó en obsequio a Juan Vicente Gómez. El benemérito saboreó con gusto la delicada golosina y advirtió a su amigo:

¡Ajá! A esta viejita hay que pagarle con algo. ¿Tiene hijos?

¡No, mi general se le explicó, pero tiene un yerno muy serio y muy correcto por cierto! Y Juan Vicente resolvió:

Ajá, ¡le voy a mandar a decir al presidente de allá, que me lo nombre de jefe civil!

De este modo resultó nombrado gobernador de distrito (y coronel, por consecuencia), pero quedando normalmente obligado a suplir la existencia de huevos chimbos en la despensa del caudillo de la paz.

¿Puede alguien negar el gran fondo lírico de la política gomecista? Miel de huevos chimbos y rubia miel del blando cabello de una mujer hermosa, respaldaban las candidaturas de dos importantes miembros del Ejecutivo distrital de un rico rincón de la República. Y la cosa pública resultaba, como en los clásicos endecasílabos: “dulces y sabrosos” como la fruta del cercado ajeno.

Sin embargo, no era feliz el coronel; en primer lugar porque resultaba sujeto a circunstancias tan “sentimentales” y en segundo lugar, porque cada llamado del presidente del estado le hacía palidecer:

¿Le habrá disgustado algo al general? ¿Tendrá alguna queja de mí la compañía?

Y también le proporcionaba un largo rato de angustia el último día de cada mes, cuando por descuido del cajero de la petrolera se tardaba en llegar a la jefatura el sobre contentivo de la “subvención”; esperando meditaba preocupado, sin apartarse de la puerta de la jefatura:

Si la compañía no me manda la subvención seguro que me destituyen, porque posiblemente han recomendado a otro.

¡Vida de azares y de arduas labores las del coronel!

Tener que conocer a todos los habitantes del pueblo, para no perjudicar a quienes tuvieran vínculos con la compañía, conocer también a quienes fueran blancos de las antipatías del gerente, para hacerles insufrible la vida hasta eliminarlos; temblar de obediencia ante las lenguaradas de los jefes yanquis y temblar de cólera ante los indefensos parroquianos que cometieran el atentado de denunciar los abusos frecuentes de la empresa petrolera; vigilar el juzgado del municipio y estar siempre atento para hacer cumplir las disposiciones del departamento legal de la compañía; por último, recibir reprimendas de los abogados del petróleo que intervenían hasta en los mas fútiles problemas:

¿Usted no se fija en el perjuicio que ocasiona a la compañía con eso de estar exigiéndole permisos para viajar en los vaporcitos de ella a particulares?

¡Y el odio de todo el pueblo sobre sus espaldas, ya que no sobre su conciencia!

Ir al cine con dos espalderos bien armados; asistir a los bautizos anunciándolo previamente a la comandancia de policía ¡para que se vigilara la reunión!

¿Felicidad alguna? ¿Cuál? Claro que sí constituía orgullo de ser hombre de confianza del general y del gerente: pero esa dicha que proporciona el divertirse sin la preocupación de estar amenazado por algo, el de leer hasta la abstracción sin recordar siquiera que tenemos espalda, ¡eso jamás!

¿Cuál era su recreo? Pasear de tarde en automóvil sobre el asfalto reblandecido de las carreteras privadas de la compañía, era todo su placer, uno que otro místico le lanzaba su “good bye” seco y nasal ¡y nada más! Reducía por tanto su diversión a deleitarse viendo las simétricas calles bordeadas de hermosas casitas de madera, levantadas sobre espigas de cemento y bien

provistas de rejilla metálica para burlar la acechanza del zancudo; el limpio cuadrilátero del tenis; la piscina amplia de aguas azules en la que lindos rubiecitos nadaban alegres y ágiles, musculados y rollizos; los muslos de leche de las americanas semidesnudas, paseando sus blúmeres inquietantes bajo telas transparentes. ¡Nada más! ¿Cuál otra diversión podía haber en aquel pueblo? ¿Visitar los barrios obreros? ¿Para qué? ¿Había algo que ver dentro de aquella miseria? ¡Claro que no! Eran callejuelas sucias, de pisos arenosos; casas hechas como parapetos construidos con tablas de pitchi-pain de embalajes ya rechazados, techos bajísimos de hierro galvanizado que se calentaban en el mediodía hasta fingir un oleaje de fuego bajo la furia del sol; mujeres despeinadas y haraposas sentadas en los quicios de las puertas; chiquillos ventrudos, exhibiendo sobre la piel desnuda de las barriguitas los chorros secos del chocolate de agua o del cacao negro que tomaron. ¿Podía él, un coronel de la rehabilitación, meditar en que eran aquellas las casas de quienes daban sangre y sudor para la más grande industria del país? ¿Podía sentir sobre su rostro la injuria que significaba aquella frontera asfaltada de la carretera, poniendo a la derecha el bienestar y el lujo, y a la izquierda hambre y andrajos? ¡Claro que no!

¡Pobre coronel! No era ni siquiera un factor consciente de la tragedia nacional; era apenas una víctima más de aquella colonización bárbara e ignoraba ser a la vez instrumento ciego, automático, de la máquina de represión. ¡Pobre coronel! ¡Como era de imbécil, de ladrón y de desgraciado!

Un día recibió el coronel la visita del otro coronel, inesperadamente. El otro coronel, el gobernador, traía algo importante para comunicarle; se trataba, nada menos, de que en la cabecera del distrito ¡no había huevos! Aquellos malditos parroquianos parecían haber cometido la estupidez de echar todas las cluecas y, por lo visto, como que existía una culequera epidémica. Total, ¿Cómo conseguir suficientes huevos para los chimbos del jefe único? Y sugirió una idea luminosa dividida en dos proyectos: primero, conseguir los huevos en el depósito de la compañía, siempre muy bien surtido; segundo, comenzar una labor de recolección de gallinas para tener corral propio y no estar al arbitrio de los estúpidos parroquianos.

Lo primero fue fácil: se consiguieron doscientos huevos grandes. Los demás si fue laborioso; fue necesario recordar que la compañía tenía muchas gallinas en el depósito de aprovisionamiento y combinar con Carrillo Varela un plan de fina urdimbre sherlockhólmica; ¡trasladar gallinas a la casa del coronel sin que nadie lo observara! Y la obra comenzó a desarrollarse con la complicidad de varios “profesionales” cometía la indiscreción de vender públicamente las gallinas que le tocaban por comisión, se le encarcelaba y se le aplicaba el peso de la ley inexorablemente.

Todo iba bien hasta que el gobierno, desmedido en ambiciones, trajo al coronel otra sugerencia que consistía en el modus operandi para conseguir unos cien parales de hierro, de los que la compañía empleaba para hacer sus cercados de alambre.

Veinticinco parales salieron felizmente y llegaron silenciosamente hasta la casa del jefe civil; pero un día Carrillo Varela explicó al coronel las sospechas que le hacían temblar:

¡A mí me parece que el jefe de labor se ha dado cuenta!

Palidieron ambos, a pesar de la tolerancia de la compañía, mil veces comprobados. Guardaron un pesado silencio. Pensaron profundamente. Hasta que el coronel trazó un plan ingeniosísimo:

Vamos a hacer una cosa, Carrillo: agarra los parales que están en mi casa y ponlos en el monte, donde nadie los vea; pero me mandas uno para acá, para la jefatura. ¡Yo me encargo de lo demás!

Carrillo Varela puso fe en las maquinaciones que demostraba ingeniarse el jefe civil, y sonriendo comentó:

Usted sabe lo que hace. El todo es salir de este atolladero.

Esa noche el coronel dictó la primera orden estratégica:

Mire, Nicolás: coja ese pedazo de paral y póngalo en el patio del gato de Tochito sin que nadie lo vea. ¿Comprende? ¡Sin que nadie lo vea! Llévselo envuelto en muchos periódicos para que parezca otra cosa. ¡Cuidado y mete la pata!

El policía contestó responsable:

¡No se preocupe, mi coronel!

Ve, Tochito: ¿tú me aseguras que no te pones bravo?

Bueno; pero ¿a qué viene eso?

¿Aunque sea lo que sea?

Eso depende.

No, Tochito: ¡júrame que no te vas a calentar!

Bueno pues; ¡te lo juro por dios santísimo!

Así sí. ¿Ni te vas a imaginar nada malo tampoco, verdad?

¡Dale contra el suelo, pues!

¡Este mediodía, temprano, estuvo aquí el coronel!

¿El coronel?

Si, el coronel. ¿Y sabes lo que me estuvo diciendo?

¿Qué?

Que si yo quería, el se casaba conmigo.

¿Aja? ¡Sinvergüenza!

¿No ves? ¡Ya te estás calentando!

Es que esos sirullos, Marulalia, creen que lo tienen todo cuando tienen el mando en las manos; ¡pero ahora si va a saber lo que es bueno! ¡le voy a decir lo que se merece!

No, Tochito. ¡Por el alma de tu madre! Deja eso así, que ya yo le dije que si se le ocurría volver, yo te lo decía a ti.

¿Y qué te contesto a eso? Pregunto el obrero demudado de ira.

Marulalia no encontró donde poner la mirada ni como despegar los labios para hablar. El hombre interrogó de nuevo, conminándola:

¡Pero que te contesto, dime!

Y la muchacha respondió al fin:

Dijo que tu no le importabas un sin guango, ¡porque no te tenía miedo!

Pálido, pero refrenando la ira, respondió duramente:

¡Está bien. Eso lo veremos!

Pero a pesar de la momentánea resolución varonil del mulato, una cosa como angustia, como incertidumbre, como desconfianza de sí mismo, amenaza su vida y su futuro; bien sabia él como procedían los funcionarios públicos en asuntos de amor; ¡bien sabia el lo que era un coronel enamorado!

Tochito, el hombre fuerte de cuerpo y espíritu, el que supo resignarse a la expulsión de la compañía esgrimiendo una frase de optimismo y de resolución; el que tuvo estoicismo ante el cobarde abandono en que le dejaron los compañeros; el que cifraba siempre el triunfo en sus músculos duros y rebeldes; sentía ahora el principio de la derrota cerniéndose sobre su vida, y no encontró otra arma que la sentimental de un juramento para defenderse:

¡Júrame, Marulalia, júrame que nunca lo vas a querer!

Tochito volvió a su gato, melancólico y pensativo.

Mientras había peligrado su pan, el mulato no flaqueó; pero ahora peligraba algo inmaterial, algo que no podía ganarse a empuje de músculos y ya la dolorosa experiencia le hacía escéptico; el coronel tenía un medio maravilloso para la conquista: el dinero; un arma eficaz para su derrota: el poder. Y le fue difícil, aquella noche, conciliar el sueño ¡porque solo pensaba en Marulalia, en el coronel y en mister Charles!

Ya en la sombra que rodeaba la humilde venta de Tochito se estaba fraguando el crimen.

A las cinco y media de la mañana llegó Nicolás, el policía, acompañado de otros cuatro. Tochito estaba iniciando las actividades del día.

Vístase, Tochito, para que vayan para la jefatura para una averiguación.

Ya yo sé por dónde me viene esto, se dijo, y sin responder, se puso blusa y alpargatas que le faltaban. Iba a cerrar el negocio cuando Nicolás le advirtió:

No. Déjelo abierto que hay que registrar.

Tuvo deseos de protestar, pero el convencimiento de una derrota le apagó el ánimo. Se entregó sin palabras, sin valor también, y los transeúntes hicieron filas en la acera del frente para verle pasar.

Cuando llegó a la jefatura no estaba el coronel; esperó silencioso y abatido, sentado en un taburete que le ofreció el policía. Un ambiente pesado, de tragedia, llenaba el recinto estrecho, y el agente de guardia hacía crujir su silla de cuero recostado a la pared. El aire mañanero agitaba papeles sobre las mesas; un reloj golpeaba su tictac.

Al fin se escucharon las pantuflas arrastradas del coronel y el ruido de las sillas abandonadas por los empleados para prepararse a rendir sus respetos al jefe.

¡Buenos días, coronel! Dijeron allá en la puerta, y un momento después el magistrado entraba en la salita olorosa creolina.

¡Hombre, Tochito! Dijo sonriente! ¡Al fin le tocó la perdilona!

¡Y yo lo sabía, coronel! Ya yo me esperaba esto, porque ¡de estas venganzas es que se valen los rivales como usted!

¿Ah sí? ¿Con que así es la cosa? ¡Ya estas curtido entonces!

Involuntariamente caía en la provocación y respondió furioso:

¡El que esta curtido es usted, carajo! Y como el policía corría a castigar la irrespetuosa injuria, el coronel le detuvo diciéndole:

¡No se moleste, Nicolás! ¡Esa guapura le pasa ahorita!

Entraron otros policías trayendo el paral de hierro como un trofeo:

¡En el patio del gato de Tochito estaba éste, mi coronel!

Con ése basta; ¡ese es el cuerpo del delito!

Los ojos del preso se agrandaron desmesuradamente; palideció hasta marfilarse su piel morena e inconscientemente se levanto del asiento, comprendiendo o sospechando todo el ardid de que le hacían centro, e irreflexivo y violento, voló sobre el coronel con el arma diestra de sus puños en acción. Le agarraron todos a la vez, le llevaron de nuevo hasta la silla, mientras el coronel le preguntaba riendo:

Déjate de zoquetadas, Tochito. Di la verdad, que yo no te hago nada. ¿Cuántos parales te has robado y donde los tienes?

En un principio el nudo de la ira le estrangulo las palabras, pero ya el hombre fuerte había sido abatido por la infamante calumnia, y comenzó a flaquear el valor de siempre; en el nacía ahora el niño vencido y castigado, humillado y aturdido por la potencia de los mayores injustos, y sin poder evitarlo, le estalló un sollozo ridículo en la garganta. Tembloroso, debatiéndose entre quienes le agarraban, enseñando los dientes en una mueca que le arrugaba todo el rostro, hacia el centro de todas las miradas y causaba la risa escandalosa de sus victimarios:

¿No les dije yo? ¡A estos guapos se les enfría el guarapo a las dos pasadas! Di la verdad, Tochito: ¿Cuántos te robaste?

Pero apenas un gemido feo salía de sus labios. Por fin se calmó la crisis nerviosa de la víctima y se escucharon entonces las injurias varoniles que antes cohibieron el llanto:

¡Sinvergüenzón, cobarde, marico! ¿Por qué no me buscó como hombre?

Pásalo para allá dentro y vamos a hacerlo cantar ordeno el coronel.

Obedecieron los esbirros y un momento después Tochito estaba rendido físicamente: los codos atados a la espalda, los pies sujetos por el cepo de curarire; y así, sentado sobre el cepo, apoyadas en el suelo las rodillas juntas, crispadas las manos cerca de las alpargatas y adormecidas por la presión del mecate que unía sus codos, el mulato lanzaba denuestos desbordantes de odio, mientras el coronel desenredaba, con maligna calma, un corderito lleno de nudos y rematado en sus extremos por dos manguitos de madera.

¡Bueno, Tochito, habla para que no me pongas en la necesidad de ponerte esta vendita de sebo! ¡Mira que esto es mejor que la aspirina para quitar un dolor de cabeza!

¡Cobarde, marico, sinvergüenzón! Repetía Tochito demudado, colérico, sudoroso, enloquecido.

Toma, Nicolás. ¡Pónselo con consideración, que es amigo!

Y como el preso lograra con inusitada destreza morder la mano del policía, otro le golpeó con un terrible puñetazo en el rostro que le hizo abrir las mandíbulas y abandonar la mano mordida; el policía se vengó lanzándole un puntapié por el hígado.

¡Maricos! ¡Maricos! Y permaneció un rato gritando y chupando lágrimas, mientras los esbirros obedecían esta orden del coronel.

¡Vayan a llamar a Cambula, que ese si sabe! Breves momentos después entro Cambula con seguridad de técnico. Era pequeño, jorobado, patizambo, deforme, desprovisto de risa como un pájaro. ¿Por qué no me avisó antes, coronel? ¡Yo creí que estos cipotes supieran hacer eso ya!

Escuchábase la respiración agitada de Tochito y rápidos insultos ahogados. Cambula tomó el cordelito en las manos, lo estiró, juntó después sus manguitos, dio una chupada al tabaco y ordenó:

Póngase usted, por detrás, póngase usted del lado derecho.

¡Hagan lo que yo les diga!

Luego, sin que nadie pudiera esperarlo, dio un rápido rodillazo en el estómago de la víctima y junto con el "jip" de Tochito, dijo al que había colocado detrás del cepo:

¡Por el pelo, para arriba!

Y al que estaba a la derecha:

¡Por las orejas!

Con la calma debida rodeó la cabeza con el cordel y comenzó a torcer sus cabos, no sin antes cuidarse de que los nudos más gruesos coincidieran con las sienas del torturado.

Bueno pues, coronel; ¡pregunte! Y ustedes, ¡suelten, que ya está seguro!

Ya no fueron gritos, gemidos, ni fueron sollozos: fueron bramidos, sonidos estrangulados por la laringe comprimida, profundos resoplidos acompañados de voz.

¡Canta, Tochito, canta! ¡Si cantas te lo quito! Y Cambula torcida, torcida inexorablemente; desfiguraba más su rostro horrible y tomaba aspecto infernal personificando la tragedia.

La palidez del torturado, el sudor que bañaba su rostro, parecía contagiar a los torturadores; ya el coronel enjugaba repetidamente su cara pálida y mal disimulada cierto temblor de sus manos. El mismo Cambula, transfigurándose cada vez más, no podía decirse si era instrumento del odio o víctima del horror. De súbito, se perdieron las niñas de los ojos en el torturado y asomaron solamente las escleróticas enrojecidas, mientras el cuerpo se desplomaba desfallecido.

Está bueno ya dijo el coronel y se retiraron todos, después de desatar a Tochito.

Cuando regresaban a la salida de la jefatura, el coronel se dirigió al policía diciéndole:

Mire, Nicolás: vaya a buscar a Carrillo Varela y entréguele un papel que le voy a dar y ordenó al secretario escribir:

En un comunicado decía al guachimán el sitio exacto en donde se encontraban los parales y advertía que se había obtenido declaración del propio ladrón. Terminaba diciendo:

Dígale usted al jefe de labor y póngalo en conocimiento de que la autoridad se ocupa de castigar al delincuente de acuerdo con la ley.

Dios y federación:
Marino mayo.

Allá, en el calabozo, trepidaba el cuerpo de Tochito como electrizado.

Los ojos nublados amasaban la luz de la reja como si vieran a través de claras de huevo. Punzaban sus sienas las huellas violáceas de los nudos del tortol y un zumbido de insectos se alojaba en sus oídos. Lentamente el cerebro entraba a la vida de relación; vahos de hielo recorrían su cuerpo, y dentro del desvanecimiento que le hacía apretar sus parpados pasaban visiones involuntarias: Cambula con el tabaco en el ángulo de los labios; Marulalia sonriente; el coronel hablando; míster Charles gritando: “¡yo vuelve!”. ¡Míster Charles! ¡Tu recuerdo es ahora desesperante para el obrero vencido y humillado! La falsa visión del alucinado Tochito envuelve un mundo de contradicciones y de realidades, de esperanzas fallidas y anhelos desvanecidos.

¡Míster Charles! ¡Tú te metías en el alma del peón como un estimulante y ahora apareces a sus ojos como una burla cruel! Ayer no más exponías tus doctrinas salvadoras y explicabas con irrefutables argumentos que no tardaba el día de la redención; te basabas en la historia; fundamentabas tus aseveraciones en hechos económicos que no aceptaban aplazamientos caprichosos, y a cada instante empleabas aquellas cuatro palabras: los pobres del mundo. Augurabas un porvenir de dicha tan inmensa, que al pobre Tochito le hacían soñar con una proximidad ¡de días, de horas, de minutos! Ahora los pobres del mundo, entre los cuales estaba Tochito, sentían arder sus carnes bajo la injuria del látigo, de la calumnia, de la mofa.

“¡te equivocaste, míster Charles!”, podría haber pensado el cautivo. El día de la redención se esconde tras un montón de dólares, detrás de un enorme coagulo de sangre. Para este pobre, el mundo lleno de verdugones adoloridos no existe más que el desengaño, el derrotismo, la horrible decepción de vislumbrar noches oscuras de calabozos o soles aplastantes, evaporando el sudor nunca pagado.

Por eso ahora Tochito desearía decir con amarga voz recriminadora y en el lenguaje rápido del pueblo: “¡fue usted cobarde, míster Charles! Se fue porque no se sintió macho para aguantar estas otomías que le hacen a uno. Usted no sabía más que hablar zoquetadas muy bonitas, pero no ponerle la cabeza al tortol y gritarle ¡maricos! A estos carrizos hasta perder el sentido. ¡Usted se fue huyéndole a la quema! ¡Miedoso, míster Charles! ¿Por qué no se quedo aguantando lo que aguantamos nosotros?”.

Sin embargo, la sombra de míster Charles acompaña al prisionero de una manera obsesionante, como si se hubiera fijado químicamente en sus pupilas martirizadas. El rostro risueño, optimista y enérgico del rubio yanqui camina junto con los ojos de Tochito por todas las paredes del sucio calabozo, y el alucinado cree observar el movimiento de los labios y escuchar la voz nasal y el enredado idioma del míster raro diciéndole: “la masa es más terrible cuando la oprimen mucho”.

El cautivo reacciona repentinamente a pesar de la media inconsciencia de su cerebro traumatizado; cierra los ojos como para fijar mejor la imagen del amigo lejano, y comienza a hablar a solas una serie de preguntas:

¿Ah, míster Charles? ¿Cómo hacen por ahí afuera los obreros cuando los friegan así? ¿Ah míster Charles? Si hubiera habido sindicato, ¿me hubieran sacado de aquí los compañeros? ¿Ah, míster Charles? Lo que decían los libritos que usted me prestó, ¿es todo de verdad, verdad? Son ellos, ¿verdad? Son ellos los que caerán tiesos cuando nosotros nos juntemos para darles un solo mamonazo, ¿verdad? ¡La lucha, míster Charles, la lucha llega! ¡Usted verá!

Se puso de pie sin saberlo y, cuando abrió los ojos, un vértigo tremendo puso a girar las paredes del calabozo violentamente; entonces se cubrió el rostro con los puños apretados, dio unos pasos vacilantes y volvió lentamente hasta el suelo. Minutos después sollozado, pero no de dolor sino de ira, y masticando más que hablando su lenguaje, formuló protestas sordas y terribles, ¡como las de todo un pueblo amordazado! Pero lentamente fue vigorizando su voz y acentuando su rabia hasta ponerse de nuevo en pie y acercándose a la puerta decidido a destrozarse contra ella a fuerza de puñetazos y puntapiés. Más, al acercarse, escucho la voz del coronel, clara y alegre, diciéndole a una incógnita señora:

Ya sabe; lo que me interesa es que ese vestido de Marulalia quede más bonito que el de la purísima, porque con ese es que va a salir el treinta y uno para la misa de gallo. ¡Ah! ¡Y me lo dice, cuando vaya a tomarle las medidas, que venga esta noche aquí a la jefatura, que nos vamos para el cine!

Así como en la cámara lenta caen los boxeadores poniendo blandamente las rodillas y los puños en la lona de ring, y luego el cuerpo entero en derrota, Tochito fue buscando el suelo hasta tenderse en el vencido, adolorido como nunca, para comenzar a soliloquiar:

Marulalia ¿tú también? ¡Qué mala fuiste, Marulalia! Me juraste no quererlo nunca. Y sin embargo, ahora, ahora, ¡ahora!

Ya el coronel se asomaba por la rendija de la puerta y observaba con placer el espectáculo ridículamente doloroso del pobre obrero hablando a solas y apagando cada vez más la voz para repetir un nombre de mujer. Riendo, hasta enrojecer su cara saludable, llamó a los esbirros para que presenciaran la escena del monologuista atormentado, y cada uno de ellos fue diciéndole al oído:

¡Está más enamorado que un tuqueque! ¡Esta noche no duerme!

Todos regresaron a la sala de la jefatura para festejar la “inteligente” obra de su jefe civil, y Tochito quedó largo rato hablando con Marulalia y con mister Charles, que eran los dos polos en descarga sobre su espíritu incendiado y vibrante.

Entre groseras carcajadas aseguraba en la sala el coronel:

¡Está arisca la muchacha! Pero ella cae ¡Ella cae! ¡A mí no hay ganado que se me pele de la sogá!

El odio es como ciertos medicamentos: se acumula y envenena.

Días sobre días y noches sobre noches cayeron sobre el preso sin que asomara ningún síntoma de libertad; y mientras tanto Tochito escuchaba las

conversaciones de los empleados de la jefatura enterándose de nuevas canalladas urdidas contra todo aquel pueblo petrolero; pero no fue un odio violento, capaz de hacerle vociferar denuetos, el que creció en su interior sino un odio sordo, silencioso, que unido a los retazos de recuerdos que le dejara míster Charles a guisa de una intentona de capacitación, fue convirtiéndose en un odio bien administrado, cuidadosamente macerado, para destinarlo todo a eso que sabía se llamaba “la lucha”, y que algún día debería comenzar. Y por eso Tochito concentró todos sus esfuerzos en comprender ahora, a través del tiempo, todo el significado de las enseñanzas del rubio amigo ausente. Como inesperadas luces en la noche de su camino mental, fueron apareciendo sorprendentes apreciaciones.

“No es solo el guachimán quién vigila y cela los campos explotados”, pensaba. “Es todo este grupo de hombres de distintas categorías; es todo este ejercito de vende-patrias que tiene por jefe al presidente de la República. ¡Es Gómez el primer guachimán!

Claro que él no podía formular su juicio en tan explícita forma, pero se decía a sí mismo:

Guachimán es el coronel y el presidente, el juez y el abogado, el ingeniero y el médico. ¡Si, guachimanes todos! ¡Guachimanes que también vigilan los pozos de donde sale el petróleo que nos roban! ¡Guachimanes, guachimanes son todos! ¡El viejo Gómez es el primer guachimán!

Acaso míster Charles no habría llegado jamás a formular en forma metafórica tan concreta ese aspecto de la actuación imperialista; pero para el peón acostumbrado a ver en el watchman, al centinela defensor de los intereses extranjeros y muchas veces ejecutor de las violencias ordenadas por ellos, aun cuando para defender esos intereses y para cumplir esas órdenes tuviera que disparar contra el compatriota, nadie mejor que aquel triste agente asalariado y servir podía representar globalmente a los miles de encubridores y cómplices de la tragedia nacional.

¡Quizás donde están los agujeros que tienen los pueblos para que entren las noticias como aromas! Pero el caso es que una mañana despertó el pueblo secretándose, corriendo una bola como se dice en el lenguaje popular:

¡El general Gómez se está muriendo!

Algunos estallaban de alegría. Otros respondían escépticos:

¡A ese no lo mata ni la bubónica!

Pero comenzaron síntomas sospechosos que acentuaban la legitimidad de la bola; el coronel fue llamado urgentemente a Maracaibo; el gerente de la compañía se fue en vaporcito a media tarde, como jamás lo hacía, y al

siguiente día se supo que había salido en avión para Caracas desde el aeropuerto de la capital zuliana.

¡Están rozando las bolas! Decía la gente.

El quince de diciembre en la noche volvió el coronel y un cuarto de hora más tarde se inició un reclutamiento forzoso, violentísimo, nunca visto. Las mujeres permanecían ansiosas y desesperadas en las puertas de las casas; pasaban automóviles llenos de hombres, vigilados por policías parados en los estribos y asidos a las capotas. Corrían los comentarios y las conjeturas:

¡El bojote no es de hojas porque están arrebatando!

¡Dicen que Arévalo Cedeño entró por Arauca!

Eso no vale nada explicaba otro. Lo que sí es serio es que el general Olivares está entrando por el Táchira y ese cara cortada ¡si que tiene tabaco en la vejiga!

El coronel ordenaba en la jefatura:

¡A Tochito hay que dejarlo bien incomunicado! Pasen los reclutas para el patio, pero ¡con cuidado!, que no hablen con Tochito.

¡Mi coronel, Tochito se ofreció voluntario! Advirtió Nicolás.

¿Ese como que cree que yo me estoy chupando el dedo? Fue la respuesta sarcástica.

Y en el patio de la jefatura charlaban los reclutas:

¡Dígame usted! Yo que soy recaudador de una licorería de Maracaibo, ¡y el policía me quitó la cartera con dos mil bolívares! Decía uno casi llorando.

Otro le respondía cruel y humorista:

¡No te preocupes que eso te lo devuelven con premios! ¡Esta gente es muy honrada!

¡Y viene uno a servir a los que lo han fregado tanto! Decía un tercero.

¡No se aflija cuñado, que los fusiles tiran por la culata también! ¡Todo es cuestión de para donde este el contrario!

Un optimista intervenía:

¡A mí me parece que ya el hombre enterró el cacho!

Grupos de mujeres se acercaban a la jefatura y los policías con máuseres las bayonetas caladas, custodiaban la puerta e impedían que los grupos se acercaran.

¿Para donde los llevan? Preguntaban las pobres mujeres.

¡Para el Táchira! Decían unos.

No, para la ceiba, ¡porque están alzados en Trujillo! Aseguraba otro.

Al fin llegó la noticia esperada, muy de mañana: Gómez muerto y López Contreras encargado. Lo que toda Venezuela tenía por seguro ¡con mucha anticipación!

Ya los reclutas portaban fusiles. Se gritaban vivas al nuevo mandatario por las calles. Pero nadie se atrevía todavía a maldecir públicamente la memoria del bárbaro desaparecido. Pueblo amedrentado por la tiranía de 27 años, concebía difícil que el ministro de Gómez entendiera de libertad.

Esto seguirá lo mismo decían. ¡Por donde salta la cabra salta el cabrito!

¡Es que ese muerto se mueve todavía! Aseguraba otro.

El coronel se trasladó a la compañía para hacer constante uso del teléfono que la unía a Maracaibo. Allí escuchaba las noticias oficiales y verbalmente las comunicaba a sus esbirros:

¡Estamos acomodados! ¡Las cosas van a seguir lo mismo!

Y agregaba haciendo alarde de conocimientos y astucia militar:

Vayan a decirle a los reclutas que el general López Contreras los ha nombrado ¡oficiales del Ejército supernumerario!

Lo cierto era que desde Maracaibo le habían sugerido animar la bisoña tropa inventándoles que se les consideraba como oficiales supernumerarios del Ejército, pero el coronel tergiversó la frase.

Los reclutas respondían con vivas socarrones para simular entusiasmo. No podían ser sinceros en su alegría, puesto que no querían ser partidarios del nuevo presidente, de quien no podían esperar nada mejor, pero muy bien interpretaba uno de ellos:

Peor que Gómez no puede ser.

En una batalla entra la astucia popular y el taimado engaño de los jefes, se aderezaba una falsa disciplina militar que a todos parecía satisfacer.

El 19 de diciembre comenzaron manifestaciones populares y el pueblo se animaba sin decir por qué, sin saberlo tal vez. Había muerto el tirano y nada

más; la tiranía estaba ahí, en la jefatura civil, en la comandancia de policía, en el guachimán, en Cambula, en la compañía que continuaría explotando al obrero, aliada al nuevo gobierno, amenazando siempre al país entero con la frase de Coolidge: “cada dólar empleado en Sudamérica está protegido por una bayoneta americana”.

Aprovechando la confusión y porque se habían relajado las vigilancias, un recluta se acercó involuntariamente hasta la puerta del calabozo de Tochito, y este, con sumo sigilo, pudo preguntar:

Si se murió Gómez, ¿a quién pusieron?

¡Al general López Contreras! Respondió el informador oportuno. Tochito también hizo su comentario político como todos.

¡El mismo musiú con diferente cachimbo!

¡Viva López Contreras! Gritaban por las calles.

Es lo mejor que nos ha podido pasar decía un patiquincito, reclutado también; porque si hubiera habido revolución y hubieran puesto a otro, los americanos se hubieran disgustado y hasta habrían mandado por las malas, los mismos aviones que ahora meses mandaron por las buenas.

Así, del fondo de la inocencia popular surgía el juicio empíreo, pero cierto, acerca de la conducta del imperialismo en estas latitudes conquistadas y semicoloniales.

El 20 en la tarde hubo un sacudimiento general del pueblo. Caracas hablaba por las radios; corrían las noticias como relámpagos; López Contreras llegaría esa tarde a la capital.

Por la noche Maracaibo igualmente por sus radioemisoras. Isidro Valles agitaba consignas revolucionarias. Felipe Hernández, Valmore Rodríguez, toda la juventud masculina y valiosa, planteaban la situación sobre la base de un programa a seguir. No calaba muy bien dentro de aquellos muchachos la consigna de calma y cordura que predicaba Caracas.

El coronel comentó al escuchar la voz de los hombres del grupo Seremos de Maracaibo:

¡Esos son los carajos de siempre! ¡Ya prendieron la chispa! ¡Pero ahorita los fuñen bien fuñidos!

Efectivamente, comenzó a defenderle la serpiente y clavó el colmillo: mataron a Severino Rodríguez en Maracaibo; dispararon también los fusiles en el municipio petrolero. El pueblo se agrupó incontenible y avasallador contra la tiranía; los reclutas abandonaron las armas; el coronel y sus esbirros

desaparecieron; y al día siguiente se abrió el calabozo de Tochito, el de don España y el de Trino Paz.

Aun conservaba Tochito la línea violácea que dejara por huella el tortol sobre la frente, pero traía los ojos inmensos, traía potente el musculo, tremendo el espíritu. La multitud le hizo aclamaciones y el mulato emocionado sintió deseos de gritar sus predicas, de decir todo lo que no sabría decir, y lanzo al aire su voz sufrida y rencorosa. No supo decir lo que deseaba sino con una palabra: “¡libertad!”. No supo comunicar a la masa el sentimiento de reivindicación sino con cuatro letras: “¡odio!”. Y deliro aquel pueblo que no podía pensar sino que sentía: ¡libertad, venganza, odio!

Acaso míster Charles solo habría sabido encauzar esos tres sentimientos profundos de la masa. Sus planes sindicales, sus aspiraciones de justicia, no podían tener cabida dentro de aquella sublime locura del pueblo que pedía sangre para su fiesta nacional.

Y Tochito, a pesar de su emoción, se sintió solo entre aquella muchedumbre. Marulalia estaría llorando de miedo, abrazada a su coronel. Sintió el impulso de decirlo a gritos, de invitar a la venganza, pero sintió miedo; miedo a los ojos dulces de la morena, a los ojos húmedos que guiaron sus pasos cien días por el camino de la ilusión. De pronto vio que cuatro hombres traían a su presencia a Cambula y canalizo todos sus rencores sobre el jorobado patizambo. Tuvo una idea diabólica y grito furioso:

¡Al quemador! ¡Al quemador!

Peregrinos del odio echaron a andar hacia el sitio trágico; gritaban vivas y muertas y seguían a Tochito, portador de la bandera patria arrancada del asta de la jefatura.

Fue cauce de un rio humano la calle recta que conducía al quemador, y así como una peña hace curvar el camino de las aguas, así la casa de Marulalia desvió por un segundo la corriente de los manifestantes. Ella estaba en la puerta asustada como todas las mujeres. Vio a Tochito y grito llena de júbilo. Pero el mulato hizo mas enérgica aun la expresión de su gesto y llegó hasta ella que le esperaba sonriente y llorosa a la vez. Dijo una palabra no mas:

¡Cochina!

Y siguió marchando. La muchacha se quedó inmóvil, aturdida, lívida; sostuvo entreabierta la boca pulposa y vagos los ojos viendo desfilar obreros unos segundos. Luego su llanto rodó sobre las mejillas inmóviles, como de estatua.

Cuando entro a la casa se ahogaba en sollozos. Mil conjeturas invadieron su mente; un tumulto de ideas atormentó su ánimo, desesperada se abrazó al viejo Ceferino:

¡Papacito, papacito! ¡Tochito ya no me quiere!

El viejo, pasándole la mano cariñosa sobre la linda cabecita, trataba de ensayar palabras bonitas y consoladoras:

Eso le pasa, hijita: es que ni una visitica al preso, ni una frutica de regalo, ni un bojotico de capadores ni nada, le han hecho pensar que eres tú la que lo olvidaste. Pero es que el ni se imagina que ese maldito coronel te andaba buscando para faltarte el respeto y tu no podías acercarte a la jefatura. ¡Cálmate, hijita, que eso pasa!

Sin sospechar la espantosa calumnia que había fabricado el coronel fingiendo sus amores con Marulalia ante el calabozo de Tochito, el pobre maestro Ceferino alcanzaba solamente a comprender una superficial susceptibilidad del obrero. Pero la hija le anuncio entre sollozos:

Yo lo vi papa; yo lo vi a él. ¡Y me llamó cochina!

¿Cochina? ¿Cochina? ¿Cochina? ¡Esa jaiba sí que no se la aguanto, carajo! Y el viejo se lanzó a la calle, detrás de la muchedumbre, torpe el paso cansado, vacilante la marcha, sin alcanzar la carrera de la masa enardecida.

Marulalia enloquecida marchó más aprisa que su padre, con la mirada clavada en la bandera que avanzaba a la cabeza del tumulto.

¡Petróleo! ¡Zumo negro de la entraña escondida! ¡Saliva de los gnomos del tío Sam! ¡Lubricante para los goznes de la puerta de los palacios y de las arcas de Rockefeller y Mellón! ¡Sustento de Wall Street! ¡Tortura de mil Tochitos! ¡Supiste un día ser el símbolo del alma venezolana! Como ella, tuviste hondo el yacimiento, tumultuoso el escape, ardiente la expresión, inexorable el fallo.

Frente a tus mismos explotadores, pusiste a bailar la trágica danza de la muerte a sus cómplices.

Tú viviste escondido bajo los pies del cacique y del ibero, seguro de que en tu sombra estaba el brillo de El Dorado, como en la noche las estrellas; pero no sospechaste nunca que lo que no se llevaban las carabelas de la conquista, se lo llevarían los buques cisternas de los futuros invasores. Por eso te vengaste ahora en esta mezcla de carnes malsanas, color de indio, voz de Fernando y alma de gánsteres.

Cambula llevaba el pánico de todas sus víctimas pintado en la faz; Lloriqueaba, gemía, como perro asustado. Bien sabía él como es de sordo el verdugo y, sin embargo, ¡imploraba con la misma voz que tanto escuchó de otros labios!

¡Yo no tengo la culpa! ¡Eran órdenes de ellos! ¡Ellos me mandaban! Y señalaba inseguramente, no se sabe si hacia la jefatura o hacia la compañía.

¡Aquí vendrán a parar todos! Respondía la masa humana dueña de la misma idea de odio y de sanción. Y tal como del fondo del obreraje, de allá debajo de la sociedad, de la oscura alma oprimida surgía el grito acusador; también del fondo de la tierra, de debajo de la patria, de la oscura entraña petrolífera surgía la llama vengadora. El quemador estaba allí, ¡lanzando su luz bermeja sobre la multitud que empezaba a rodearlo! Aras del suelo asomaba su boca el tubo por donde escapan los gases interminables del subsuelo; un círculo de cenizas y concreciones calcáreas y vítrea residuos de cremaciones de animales y desperdicios formaba el cráter de aquel volcán enano. Alguien maniobro sobre las llaves y la llama se agiganto fiera y robusta. Hubo júbilo, sadismo feroz, en los rostros obreros. Agricultores de una tierra que jamás daba el brote de las semillas de acero que sembraban, reían ahora con placer ante el árbol del fuego que nacía.

Tochito se transfiguraba frente a la luz tremenda y su piel de mulato se ponía brillante, como bronce nuevo. Sus ojos fueron apéndices de la llama. Sus brazos fueron miembros de toda la multitud cuando atenceó al jorobado Cambula poniéndole en vilo desde el primer impulso. El patizambo quedó sin sangre en el rostro y sin más idioma que una palabra:

¡Perdón!

Pero el musculo obrero ya le tenía suspendido como a un fantoche de feria y la llamarada agrando sus lenguas horribles para saborear su carne magra. Un grito estridente, de mujer, silenció la vociferación del tumulto. Tochito reconoció el timbre de aquel grito como si reconociera su propia voz, y buscó rápidamente con la vista a Marulalia. Ella venia hacia él y había visto aquello, aquel horrible castigo inquisitorial:

¡Tochito! ¡Tochito! Gritaba la muchacha. Y cuando estuvo cerca de aquellas dos hogueras que eran Tochito y el quemador, escuchó la voz serena y fría del hombre que la acusaba:

¡Tú no debes estar aquí! ¡Anda a buscar tu coronel! Comprendió Marulalia todo cuanto denunciaba aquella frase. Sintió todo el peso de aquella infamia urdida sobre su vida y sobre su honra; y angustiada, desesperada, expreso toda su sorpresa con una palabra atónica:

¿Tu?

Iba a continuar tal vez la frase interrogando al amado: “¿tu lo has creído? ¿Tú lo has pensado de mí? ¿Tú me crees capaz de hacerlo?”; pero no tuvo aliento para hacer sonidos en la laringe. Permaneció aturdida y temblorosa. Confundida por los gritos de la masa y por el crujir de su espíritu despedazado, desmigajado por el impacto de aquella calumnia. La muchedumbre comenzaba a embriagarse con ese olor que despiden el humo de la res sobre el brasero ante el apetito del batallón en el vivaque.

Súbitamente Marulalia tomó una resolución incontrollable: se puso de cara al pueblo, y así, recortaba su silueta sobre el fondo de llamas que hacia transparentes sus vestidos y desnuda su hermosura morena, gritó, llorosos los ojos, crispados los puños:

¡Me entrego al hombre que me traiga al coronel!

A Tochito le ardió la llama del quemador dentro del alma y su luz bermeja se hizo solar para descubrirle la verdad encerrada en la frase y en la decisión de la muchacha:

¡Marulalia! Gritó. Y llegó hasta ella asiéndole los brazos hermosos.

Pero ella ni respondía ni parecía escuchar; temblaba y repetía su promesa, mientras la muchedumbre se disolvía hacia la búsqueda vengativa.

La llama se contorsionaba devorando otros cuerpos; Nicolás, Carrillo Varela, el guachimán, Tochito y Marulalia continuaban silenciosos, sin tener palabras para expresarse las mutuas emociones, de espaldas al quemador, de frente al pueblo enloquecido. Y una hora, una noche entera, y un siglo habrían permanecido allí, ella esperando la hora del sacrificio prometido y él aguardando el momento de hacer garras sus puños para defenderla.

El pueblo registraba hogares, botillerías, locales de cine, senderos antes vedados por su dueña, la petrolera, arenosos caminos por donde parecía cruzar la sombra del turco Elías con su azafate vacío, gritando ahora otra clase de mercancías que podían ser odio, venganza, sanción popular.

Los automóviles cruzaban veloces calles y carreteras; la compañía ofrecía gratuitamente la gasolina, amedrantaba a pesar de la bayoneta yanqui que respaldaba cada dólar. El campo oscuro empezó a poblarse de linternas y a medianoche se repartieron alimentos regalados por los mismos yanquis, confeccionados por las mismas manos de las esposas de los jefes rubios. Así mitigaban el hambre y el cansancio a los perseguidores de los que hasta hacía un momento fueron cómplices e instrumentos para el dominio del dólar.

El coronel era centro de aquel incendio de odios. Marulalia, ¡la torre tocando arrebató!

La llama del quemador se quedó esperando, meneando su lengua como fiera hambrienta. El cráter de cenizas no había crecido como lo deseaba el pueblo.

La madrugada aclaró el paisaje y volvieron a verse los balancines al pie de las cabrias, cabeceando sus palabras, indiferentemente.

1. Formule el tema o asunto central tratado en el relato:

- a) reduzca el contenido narrativo a una frase, palabra o pequeña oración.
- b) justifique ampliamente su respuesta. Cite pasajes en apoyo de sus afirmaciones.
- c) demuestre que el tema identificado por usted guarda relación con problemas o situaciones de actualidad. Argumente asimismo esta parte de su respuesta.

La explotación petrolera

En esta novela se da la explotación petrolera debido a que se observa brevemente que los obreros que trabajan en dicha compañía, eran usados por los guardias (guachimanes, otros); a pesar de que trabajaban fuerte, diariamente sin descanso, les pagaban poco por su labor. Morían de tétano por los daños que les causaban las maquinarias; los jefes no conformes con el abuso los metían presos para cobrarles de multa, la misma plata que les pagaban en la compañía por su labor.

Actualmente no se ve explotación alguna del obrero petrolero, porque reciben un buen pago, muy lucrativo. Les alcanza para la cesta básica y para cubrir sus necesidades, lujos, viajes, son tratados con respeto.

2. exponga el desarrollo de la trama en su conjunto. Para tal fin:

- a) condense la historia narrada en un máximo de diez palabras, frases u oraciones simples.
- b) disponga sinópticamente las diez palabras, frases u oraciones simples.
- c) señale los hechos o circunstancias que corresponden, respectivamente, a:

La exposición.

El detonante.

El desarrollo.

El clímax.

El desenlace.

d) a continuación, argumente ampliamente su respuesta.

Exposición: la historia empieza hablando del gobierno de Juan Vicente Gómez, haciendo referencias de hombres sin trabajos, que emigran a zonas petroleras, el cual queda en la isla Cubagua.

Detonante: la explotación petrolera afecta a los países latinoamericanos, se resalta la presencia de un cadáver correspondiente a un obrero revolucionario, que fue asesinado.

Desarrollo: en esta novela encontramos tierras ricas en petróleo, y la realidad económica que se vivía día a día, en aquel entonces.

Clímax: se revela un obrero contra el jefe, siendo apoyo por los demás trabajadores y el pueblo.

Desenlace: manifestación por parte de los obreros.

3. explique detalladamente el (los) conflicto (s) en la historia relatada. Para tal objeto, especifique:

a) si se trata de conflicto (s) externo (s) o interno (s).

b) cuáles son los factores (personajes, ideas, sentimientos, etc.) que se encuentran en pugna.

d) cómo se decide (n) finalmente las situación (es) conflictiva (s).

Razone sus respuestas. Aduzca pasajes en apoyo de sus afirmaciones.

En esta historia hay conflictos internos ya que se habla del problema del petróleo. Cuya situación no es la mejor; también se observa un conflicto externo porque eran explotadas por los americanos y no les pagaban acorde al trabajo.

Los personajes que se muestran son: el obrero, Gómez, el mayor, el hombre asesinado por la bala de máuser, el Bagre, la morena (que intenta cerrar los ojos del muerto), los guardias, un niño, los drillers, el geólogo y sus ayudantes, el jefe civil, las muchachas trabajadoras, el gerente, el coronel, míster Hor Ward, los turcos, Juanita, José Miguel, Natividad, Soturno, Tochito, Marulalia, Ceferino, el negrito, el coriano, Carrillo Varela (jefe guachimán), el celador de aduana, el marinero del buque cisterna, Elia, charles, un obispo, el rey de España, míster Penn y su esposa venezolana, míster Baker y la extranjera, Trino Paz (el médico), don España (el carpintero enterrador), Charles Chaplin o Paúl Muni, Julia Ramona, los cinco hermanos, el doctor Escandela, Sarita la turquita (no era turquita, ni se llamaba sarita, era la esposa del turco Elías y se llamaba Asbasia), Cambula (el jorobado bárbaro).

Los pobladores encabezados por Tochito salieron a manifestarse por las calles para que se fueran los americanos, y como había muerto Juan Vicente Gómez, ellos no querían que gobernara otro como él, porque sabían que sería igual al gobierno anterior. Se presentan el engaño, la ambición, menos precio, odio, explotación.

4. explique los personajes que intervienen en el relato. Para tal propósito:

a) clasifique las distintas figuras de conformidad con su importancia (personaje central, personajes secundarios, personajes incidentales o comparsa).

b) elabore un relato o perfil de cada uno de ellos (solo deben registrarse aquellos rasgos físicos, psicológicos, económicos, sociales, educativos, etc., que definen esencialmente a cada personaje).

c) en el supuesto de que alguno de los personajes evolucione psicológicamente, explique las razones por las cuales cambia.

Personajes centrales: Tochito y Marulalia.

Personajes secundarios: el doctor y el maestro.

Tochito evoluciona porque decide salir de aquella explotación a la cual estaban todos sometidos, revelándose a través de una marcha; además de eso cambio emocionalmente porque llegó a sentir odio por Marulalia a raíz de una mentira que le creó el comandante, luego se dio cuenta de que era mentira y volvió a sentir amor por ella.

5. explique las características más relevantes del espacio donde se desarrolla la acción. En particular, especifique:

a) el escenario y el marco escénico.

b) la atmósfera propia del o los lugares donde se desarrolla la historia relatada.

c) el papel que el espacio desempeña en los hechos relatados.

d) el posible valor simbólico de los elementos espaciales.

Esta novela cuenta con una descripción en las tierras de Cubagua, específicamente en una compañía petrolera, ubicada en Zulia (Venezuela).

La atmósfera es de angustia, ya que muchas personas viven angustiadas por no tener empleo y otras por tenerlo y ser explotados.

6. explique los datos más importantes relacionados con el tiempo. En concreto, exponga:

a) el cuánto, es decir, la duración total de los hechos.

b) el cuándo, esto es, el año o la época en la que aproximadamente se desarrolla la historia narrada.

c) las posibles desviaciones de la linealidad (retrospecciones y/o anticipaciones) que se observen en la narración.

d) ¿cuáles pasajes del relato le parecen más lentos y cuáles más rápidos?

¿A que se debería tal diferencia?

Uno de los datos más importantes son los de la descripción que hacen de las vías públicas, las cuáles no tienen buen estado.

El gobierno de Gómez duro unos 7 años aproximadamente.

En el año 1908 fue cuando se gobernó bajo la ley de Gómez.

Hubo una linealidad, no hubo saltos hacia atrás, ni hubo adelanto de historias.

7. explique cuál (es) de los siguientes puntos de vista se utiliza (n) en el relato:

a) primera persona (central o periférica).

b) tercera persona limitada.

c) tercera persona “escénica”, “dramática” u “objetiva”.

d) tercera persona omnisciente.

Argumente ampliamente su respuesta. Aduzca pasajes en apoyo de sus afirmaciones.

Se encuentra la primera persona central, también una tercera persona limitada, dramática y omnisciente. Esto gira en torno al tiempo real.

8. ¿Cuál es en su opinión la “idea” o significado básico que se desprendería del relato leído? Argumente su respuesta. Aduzca pasajes que permitan confirmar su juicio o apreciación.

Todos somos iguales y por ello no se debe tratar a una persona con menos precio, no tenemos derecho de humillar, por muy pobres que sean los individuos, son seres humanos como nosotros que sienten igual, y no merecen ser mal tratados por nadie.